



APRENDER A FILOSOFAR
CON **NASREDDIN
HODJA**

Oscar Brenifier & Isabelle Millon

Introducción

Nasrudín Hodja, un maestro de la vía negativa

Nasrudín es, por encima de todo, un mito, aunque en la ciudad de Akshehir (Anatolia) en Turquía, algunos pretenderán llevarnos a ver la tumba en la que supuestamente fue enterrado en 1284.

Si este personaje histórico realmente existió, fue el punto de partida para la creación de gran cantidad de historias. El héroe de todos esos cuentos, divertidos y absurdos, se enfrenta a muy diversas situaciones, encarnado alternamente en un campesino, un imán, un barquero, un predicador errante, un consejero del rey, un profesor o un juez.

Al igual que Ulises, Nasrudín no es nadie y, al mismo tiempo, es todo el mundo. Representa una tradición, oral y escrita, más que a una persona concreta, y de esa tradición saca su fuerza para instituirse como una escuela de vida más que como la figura petrificada de un héroe. Incluso su nombre cambia totalmente según el país en el que estemos: se le conoce como Jiha en el Magreb, Afandi en China, Nastradhin Chotzas en Grecia y Hersch'le en Israel. Sus cuentos son eficaces y pedagógicos. En cada una de esas historias, quien escucha, oirá y entenderá lo que pueda según sus posibilidades. La aparente claridad de muchas de ellas revela y, a la vez, esconde una profunda comprensión de lo real, si bien podríamos quedarnos fácilmente en una lectura más superficial.

A - La vía negativa

Al comienzo del diálogo del Hippias menor aparece una discusión entre Hippias y Sócrates sobre quién es el mejor hombre en La Ilíada si Ulises o Aquiles. El debate se centra en el problema de la mentira: Hippias afirma que Aquiles es mejor hombre porque no miente, al contrario que Ulises, que es el más astuto y no duda en mantener un discurso falso. En cierto momento, Sócrates muestra que Aquiles también afirma cosas que no son verdaderas, pero entonces Hippias usa como defensa de su héroe que cuando este miente no lo

hace de forma consciente: Aquiles simplemente cambia de opinión, pero es muy sincero. El debate concluye con la afirmación de Sócrates de que Ulises es mejor que Aquiles puesto que, cuando Ulises miente, sabe perfectamente que está mintiendo, por lo que él conoce la verdad mucho mejor que Aquiles.

Nos gustaría usar este ejemplo de un texto filosófico clásico para introducir lo que llamamos la vía negativa de la práctica filosófica. La llamamos 'vía negativa' de manera análoga a como se usa dicha expresión en la teología, en la que habitualmente se usa para determinar, por ejemplo, la naturaleza de Dios mediante la determinación de lo que no es. De modo similar, Sócrates defiende la acción de mentir con el objetivo de defender la verdad y lo hace con la misma ironía con la que afirma su ignorancia de cara a dedicarse a enseñar. Lo que aquí se plantea de una forma racional, como discusión sobre conceptos, lo encontramos tratado de forma más lúdica por los payasos, los actores, los novelistas, los caricaturistas, humoristas, etc. Todas estas formas de expresión describen o ponen en escena ciertos esquemas, comportamientos, personajes y situaciones como forma de denunciarlos y defender, obviamente, lo contrario de lo que están representando. Así, el pretencioso, el egoísta, el hipócrita, el ambicioso o cualquier otro típico defecto será presentado de una forma tan ridícula, grosera o exagerada que esta manifestación escénica criticará evidentemente a aquellos que tienen tales fallos para, de esa forma, fomentar en ellos la cualidad opuesta o, al menos, tratar de animarles a que se conozcan a sí mismos.

Un aspecto interesante de este esquema es la gran cantidad de cosas no dichas, de sobreentendidos, que están implícitos en estas formas de expresión, lo que abre la puerta a la ambigüedad y, a la vez, deja mucho espacio para la libertad puesto que no se ofrece un significado cerrado sino que permite múltiples representaciones e interpretaciones. El auge de la comedia en la Europa renacentista es un claro ejemplo de esta libertad para criticar tanto la sociedad como el poder y que, por tanto, daba permiso para pensar libremente. Precisamente, lo que permitía al bufón de la corte desempeñar su papel de ridiculizar incluso al rey sin recibir castigo alguno era esta enorme ambigüedad que permitía (o no castigaba) la utilización de juegos de palabras.

Duras críticas salían de la boca de los bufones, pero lo hacían de una forma tan indirecta que, si alguien se mostraba ofendido, se pondría a sí mismo en evidencia y sería objeto de más burlas. La concepción barroca según la cual el mundo y el escenario eran la misma cosa, al hacernos ser un espectador distante de nuestra propia vida, es otro buen ejemplo de este principio general del que estamos hablando.

Filosofía y antifilosofía

Mientras que la teología es algo místico y la comedia es mero espectáculo, a la filosofía se le supone un método más bien científico: debe apoyarse sobre la razón, la lógica y la demostración, debe construir un sistema y, por tanto, la ambigüedad, las insinuaciones, alusiones o exageraciones y cualquier otro truco literario no son precisamente bienvenidos. Podemos recordar en este sentido la lectura que Hegel hacía de Platón, en la que el hecho de que Platón contase una historia como el mito de la caverna significaba que con ello no está produciendo un discurso propiamente filosófico. La filosofía únicamente puede ser una actividad racional y científica, y esta herencia hegeliana es la que ha dado forma a la manera mayoritaria de entender la filosofía. Es por esto que la imagen del filósofo, al igual que la naturaleza de sus creaciones, suele ser la de alguien sabio y directo y no la de alguien estúpido e indirecto.

Después de todo, en una cultura surgida dentro de la matriz de valores cristianos, no debemos olvidar que "lo oblicuo" es el diablo, pues el diablo es astuto. En francés la palabra "malin" significa inteligente y astuto pero también se refiere al diablo pues se deriva de "malus": malo. La palabra inglesa "devious" tiene también esas mismas connotaciones, pues lo que no es directo nos resulta sospechoso y lo que "se desvía" es diabólico.

Por tanto, ser moralmente bueno significa decir la verdad, decir las cosas tal y como son y comportarse de acuerdo a las normas que establecen qué es lo bueno y qué es recomendable. De hecho, en el mencionado diálogo de Platón, Hippias muestra un rasgo fundamental de los sofistas que, sin embargo, suele permanecer oculto: el sofista es aquel que sabe, que dice la verdad, es el

especialista de lo bueno, el profesional del conocimiento, el guardián de lo correcto y de la moralidad. Al mostrarnos que Calicles afirma que uno debe seguir sus impulsos y deseos y que Gorgias reduce el discurso a mera retórica, Sócrates intenta hacernos ver la inmoralidad fundamental de la posición del sofista. Porque, como Pascal dice, la verdadera moralidad se ríe de la moralidad. Y el conocimiento es en sí mismo inmoral, por sus pretensiones y su hipocresía, por su total negación de la virtud, su desdén hacia lo bueno y, mucho más, por su ignorancia de lo que es, por su ausencia de ser. El discurso racional y moral es, sencillamente, el discurso de lo conveniente y lo convencional, la buena conciencia, la corrección filosófica que Nietzsche critica por ser la "pequeña razón" (en contraposición a la "gran razón" de la vida), esa conciencia humana que él denuncia como algo ilusorio. A pesar de que esta corriente negativa de la filosofía no es la hegemónica, e incluso se opone a ella, se presenta a sí misma como "el otro" de la filosofía: es su hermano enemigo, su sombra y aquel que la difama.

Esta corriente minoritaria dentro de la filosofía, esta antifilosofía, que procura mostrar y sorprender por encima de decir y explicar, es algo que ya está presente en la propia filosofía y que se puede ver, por ejemplo, en el personaje de Sócrates y su devastadora ironía, esa forma de discurso que dice lo contrario de lo que en realidad está diciendo. Parece una broma de la historia que tengamos en Sócrates, al que todos reconocemos como la figura que fundó la tradición filosófica, a un héroe y un mártir, como alguien que predica la mentira para llegar a la verdad o, peor aún, nos hace ver que estamos condenados a la falsedad, porque nunca podremos llegar a conocer la verdad. Necesariamente era alguien al que había que asesinar; él, que predicaba la contradicción, como ocurre en el Parménides donde cada proposición y su contraria son tanto defendibles como indefendibles. Si lo falso es verdadero y lo verdadero es falso no sabemos en qué nos apoyamos, ni siquiera sabemos si existimos: la alfombra ha desaparecido de debajo de nuestros pies. Pero esto nos da una increíble libertad: el derecho de pensar lo impensable, incluso, hasta llegar al absurdo. No obstante, esta dimensión agonística de la alteridad, el hecho de cruzar al otro lado del espejo, esta fragmentaria y parcial representación de la realidad que rechaza establecer cualquier tipo de sistema,

cualquier mapa ético o conceptual, esta posición es insoportable tanto para el hombre corriente como para el cultivado y, por ello, ambos construyen, de forma más sencilla o más compleja, según el caso, una jerarquía con la que ordenan la evidencia que poseen y hacen uso del sentido común de forma que la coherencia en su visión del mundo está garantizada.

El cínico, con su absoluta falta de respeto hacia nada ni nadie, es, en este contexto, un interesante ejemplo histórico: es difícil encontrar una escuela filosófica cuyo nombre sea usado como expresión para condenar moralmente algo. Lo mismo ocurre con el nihilismo, aunque Nietzsche tratará de demostrar que, contrariamente a la apariencia, los nihilistas no son lo que parecen ser cuando solo hay un entendimiento superficial. Lo que señalan tanto el cinismo como el nihilismo, lo que tienen en común con el método socrático, es su capacidad de negación, su fuerte dosis de desprecio. En ellos lo importante es encontrar un espacio, no para aprender, sino para desaprender. Lo que deberíamos hacer siguiendo su ejemplo no es enseñar principios sino hacer lo contrario, corroer esos principios para dejar espacio al pensamiento. El conocimiento se concibe aquí como lo contrario del pensamiento, pues el primero se concibe como la posesión de unas ideas fijas que hacen de los procesos mentales algo rígido, estéril y fosilizado. Siguiendo con esta forma de entender las cosas, la tarea principal del profesor que desea ser tal es liberar o romper los nudos que el conocimiento representa, un conocimiento que aparece caracterizado como opinión -ya se trate, según distingue Sócrates, de la opinión común o de una opinión que ha sido educada- y del que hay que desentenderse con el fin de liberar la mente y permitirle pensar. Igual que en algunas prácticas orientales como en el Zen, lo que se necesita es cortar las conexiones por las que habitualmente discurre el pensamiento, apoderarse de ellas a través de un golpe de efecto, o por medio de alguna paradoja, análisis crítico o comportamiento extraño, lo que, con un poco de suerte, arrojará luz sobre el pensamiento. Y, cuando la mente se despierte, sabrá adónde ir pues ella siente una inclinación natural hacia el pensamiento a menos que algo la aleje de esa actividad que le es propia.

Métodos

"No hay duda de que lo que vuelve loca a una persona es la certeza" dijo Nietzsche. Aunque la forma abrupta de interpelar que tiene Nietzsche tiene poco que ver con el laborioso cuestionamiento socrático, ambos coinciden en la idea de que la mente no debería estar encerrada dentro de sus propios pensamientos. Los pensamientos en los que nos confinamos nos impiden llegar a otros pensamientos, especialmente cuando esos pensamientos en los que nos detenemos son la clase de principios generales que determinan qué es aceptable y qué no. Heidegger revisa esta idea cuando escribe que "lo que da mucho que pensar en esta época que tanto nos hace pensar es que todavía no estemos pensando". Lo que hay que hacer es convertirse en un extraño para nosotros mismos para poder pensar, tenemos que alienarnos para poder ser nosotros mismos.

La forma en la que Sócrates produce ese impacto cognitivo es a través de las preguntas, provocando que su interlocutor descubra su propia incoherencia e ignorancia, un proceso que permite a la persona dar a luz nuevos conceptos: ese es el arte de la mayéutica. Para Heráclito, la lucha de los contrarios es lo que engendra el ser y, del mismo modo, el nacimiento de los contrarios nos permite pensar y ser. Para los cínicos, el ser humano está tan profundamente arraigado en lo convencional que la única forma de hacerle pensar es comportarse de la forma que le pueda resultar más chocante: fornicando en público, comiendo con las manos, saliendo a la calle desnudo o viviendo en un barril, haciendo como que los hombres no son hombres, etc. Todo este teatro tendrá un impacto mucho mayor en la mente del individuo del que tendría cualquier discurso. En el lejano oriente, el maestro inventará una extraña paradoja o actuará de un modo raro y el estudiante tendrá que meditar sobre el significado que ello tiene, sin que nunca se le dé ninguna explicación de lo ocurrido. En algunas escuelas, el maestro no dudará en ponerse violento si de esa forma logra el efecto "pedagógico" deseado. Esta perspectiva generará rechazo en aquellos que piensan que la práctica filosófica está dirigida a lograr que uno se sienta relajado o feliz. Es, desde luego, una postura "inmoral" desde el momento en el que el individuo deja de ser un fin en sí mismo: él es

un mero instrumento de la verdad. Dentro de una tendencia más moderada y formal, estarían las antinomias kantianas como una reducción, al plano puramente conceptual, de la misma inspiración.

B - El caso de Nasrudín Hodja

Hay varias razones por las que, entre los posibles exponentes de la vía negativa o antifilosofía que podrían servir como caso de estudio, hemos escogido a Nasrudín Hodja. La primera razón es que él no ha existido realmente, y uno de los requisitos de nuestra práctica va a ser precisamente desarrollar la capacidad de la persona para no existir. Nasrudín es ante todo un mito, aunque en la ciudad de Akshehir (Anatolia) en Turquía, algunos pretenderán enseñarnos la tumba en la que supuestamente fue enterrado en 1284. Si este personaje histórico realmente existió, él fue únicamente el punto de partida para la creación de una gran cantidad de historias. El héroe de todos esos numerosos cuentos divertidos y absurdos se enfrenta a muy diversas situaciones y puede ser unas veces un campesino, otras un imán, un barquero, un predicador errante, un médico, un profesor, un juez, pudo no tener esposa, o tener una, o tener dos esposas, o no dudar en practicar la homosexualidad, pero más importante que el aspecto mítico de su existencia está el hecho de que periódicamente se le representa como el bufón de Tamerlane, cuando este no conquistó Turquía hasta finales del siglo XIV. Al igual que Ulises, Nasrudín no es nadie y, a la vez, somos todos, representa una tradición, oral y escrita, más que a una persona concreta, y de esa tradición saca su fuerza para instituirse como una escuela de vida más que como la figura petrificada de un héroe o una obra. Incluso su nombre cambia totalmente, pues su fama en el Mediterráneo aparece, por ejemplo en Maghreb, bajo el nombre de Jiha. Incluso su nombre turco original (Nasruddin) es un nombre muy común en esa parte del mundo: significa 'gloria de la religión', refiriéndose con Hodja al vago título de 'maestro'.

La segunda razón por la que le hemos elegido es por la popularidad de su persona y de lo que de él se cuenta, porque la clase de cuentos que se narran

le convierten fácilmente en un héroe del pueblo, pues son historias divertidas y animadas, y por ello mismo eficaces y pedagógicas. De esas historias cada cual oirá y entenderá lo que pueda con los medios que tenga, un fenómeno que es interesante observar cuando uno cuenta esos cuentos a diferentes personas. Las reacciones a los diferentes contextos, a los grados de ingenio, sutileza y abstracción nos dirán mucho más que las palabras sobre quién es el que escucha y cómo piensa. Incluso no comprender la historia será útil puesto que ello envía a la persona de vuelta a su propia ignorancia o ceguera.

La tercera razón es la amplitud de temas que cubren sus historias, precisamente porque ellas representan una tradición más que ser la obra de un autor particular. Cuestiones sobre ética, lógica, sobre actitudes, temas existenciales, sociológicos, sobre el matrimonio, política o metafísica; la lista es lo suficientemente larga como para cubrir de sobra el abanico de problemas y paradojas que se le plantean a la persona que entra en contacto con este cuerpo de conocimiento crítico. Su aparente ligereza revela, y esconde, una profunda comprensión de la realidad del ser, incluso si es posible que uno fácilmente pueda quedarse en la superficie de la historia. Pero si el filósofo "clásico" afirma que la conceptualización y el análisis -como el que estamos realizando aquí- son necesarios para la tarea filosófica, uno también podría objetar que esta formalización del contenido puede estar cumpliendo una función esterilizante que se oculta tras la apariencia del conocimiento. Pero dejemos para otro momento el debate sobre la naturaleza y la forma de la filosofía. Aunque daremos una pista que puede ser útil como información contextual: la estrecha relación de Nasrudín con la tradición Sufi, la última que ayudó a transmitir las historias de Nasrudín, personaje contemporáneo y vecino del gran poeta místico Rumi.

La cuarta razón es la terriblemente provocativa personalidad de este mito viviente. En un momento en el que la corrección política y filosófica tratan de promover una ética y un "buen comportamiento" capaces de barnizar la civilizada brutalidad de nuestra sociedad, Nasrudín puede ser de gran utilidad puesto que él está dotado de todos los grandes defectos: es un mentiroso, un cobarde, un ladrón, un hipócrita, grosero, un abusón, holgazán, es avaro, poco

fiable e impío pero, sobre todo, Nasrudín es un idiota y un loco y, además, es uno que pone mucho empeño en ello. Pero él, generosamente, pone todos estos rasgos grotescos de su personalidad a disposición del lector, quien se verá a sí mismo reflejado en ellos como en un espejo, en el cual lo que somos es más visible debido a su exagerada deformidad. Nasrudín nos invita a examinar, aceptar y disfrutar del sinsentido de nuestro ser, de su absurdidad, del vacío de nuestro ser, y de esa forma libera nuestra mente y nuestra existencia de todas esas pretensiones que están funcionando mecánicamente y que nos hacen tener buena conciencia pero que, más que nada, nos llevan a mentirnos compulsivamente, tanto a los otros como a nosotros mismos. Su forma de ser es un soplo de aire fresco, tan terrible como conveniente, a la idolatría del individuo, tan característica de nuestra cultura occidental moderna, de nuestra artificial y permanente búsqueda de identidad y felicidad. Mediante sus atroces "pequeñas mentiras", Nasrudín nos ayuda a ver a plena luz del día la "gran mentira". Así, poco a poco, nos gustaría ponernos en el lugar de su mejor y eterno amigo: su burro.

La quinta razón es la libertad de su relación con la autoridad, cualquiera que sea la naturaleza de esta. Frente a autoridades religiosas, políticas, judiciales, académicas o incluso domésticas, Nasrudín se mantiene a la vez libre y respetuoso. No teme revelar la hipocresía o las mentiras del poder gobernante, sea este grande o pequeño -Foucault habla de "micropoderes"- y lo hace sin dejar de reconocer su real y necesario estatus. Cuando critica a los creyentes o a un imán, lo hace con el fin de que ellos se ajusten mejor al espíritu de la religión; al criticar a un erudito, le está invitando a ser más sabio. Para Nasrudín, la verdadera cuestión sobre la autoridad es la relativa a la autoridad sobre uno mismo, la autoridad que nos concedemos a nosotros mismos sobre la base de la verdad y la autenticidad y no sobre bases artificiales, arbitrarias o convencionales.

Pero, por ahora, vamos a interrumpir la racionalización de nuestra propia elección para comentar y analizar algunas historias clave de Nasrudín Hodja, de las cuales podremos entresacar el sentido del significado filosófico de su contenido y sus implicaciones para la vida y el entendimiento. No obstante,

vamos a mencionar que la dimensión filosófica ha sido a menudo eclipsada por la mera dimensión narrativa. Pero nuestra hipótesis es que el placer que experimentamos en esta "vis comica" incluye la percepción intuitiva de lo que está en juego, la transmisión de una sabiduría popular pero profunda.

C - El remate de la historia

Hay una paradoja de fondo en el personaje de Nasrudín. Él es terrible con nosotros, es devastador, despiadado e implacable con nuestros egos, pero le queremos por ello. En un tiempo en el que reina la corrección filosófica, en el que se supone que tenemos que ser agradables y hacer a todo el mundo feliz, cuando hay tantos discursos sobre ética, probablemente porque hay muy poca ética, Nasrudín no trata de "valorar" al individuo y hacerle sentirse bien. Filosofar es para él mostrar la nada, el vacío de nuestro ser particular, tan ciego y egocéntrico. Pero entonces, ¿por qué aceptamos de él la clase de críticas terribles que no aceptaríamos ni de nuestro mejor amigo? Una razón puede ser que él es exactamente igual de despiadado e implacable consigo mismo, lo que le convierte en nuestro hermano, en nuestro mejor ser. Un hermano que se sacrifica a sí mismo para mostrarnos lo tontos que somos, que se ríe de sí mismo para que podamos reírnos de nosotros, una desbaratada y divertida muestra de cierto tipo de compasión.

Como una clase de figura invertida de un "santo", Nasrudín va un paso más allá que Sócrates con su ironía, como un cínico de buen humor, y hace caer sobre sí mismo toda la estupidez, las mentiras y la mediocridad de la especie humana. Y, a pesar de su "sacrificio" -apareciendo como un idiota y un loco- Nasrudín no es un mártir, él se reiría de nosotros por esas tontas y sentimentales ideas, que simplemente son otro truco más que inventamos para sentirnos bien.

Gracias al espíritu salvaje de nuestro héroe, permitámonos ser libres y disfrutar de perspectivas tontas y absurdas. Nos parece que la perspectiva de Nasrudín no es la de que las personas no sean tontas o locas nunca más sino que, desde su perspectiva, es posible saber un poquito más sobre lo

magníficamente tontos y locos que son los seres humanos. Eso es a lo que se le llama sabiduría. La cuestión aquí no es remediar o curar algo, porque no hay forma de remediarlo, o porque no hay nada que remediar, quién sabe...

Así que no queda nada más por hacer que contemplar el maravilloso espectáculo de lo patológico, y disfrutarlo como un show de Punch y Judy, como una imponente representación teatral. Dejémosnos atrapar por esta comedia de errores, riámonos de este drama humano. Mucho que hacer sobre nada. Ese sería un excelente título. Así que continuemos siendo locos y tontos, y disfrutémoslo. Quizá algo surgirá de todas estas bromas y carcajadas; quizá las verdaderas terapias llegan de la forma menos esperada...

1. El poeta - Imagen y reconocimiento

A - La historia

Un habitante del lugar, con ciertas pretensiones poéticas, le pide a Nasrudín que escuche algunos de sus poemas y le dé su opinión. Como ya sabe, por experiencia, que esta es una tarea arriesgada, Nasrudín trata de evitarlo, apelando para ello a su total ignorancia en materia de poesía. Pero el poeta insiste, argumentando que él tiene una profunda confianza en Nasrudín y en su afamada sabiduría. Sintiéndose presionado, Nasrudín termina por aceptar. Escucha pacientemente la larga declamación, y una vez que esta acaba permanece en silencio. "¿Bien?" pregunta el poeta, "¿bien, qué?", responde Nasrudín, "bueno, ¿qué piensas de los versos?" continúa el poeta, "¿de verdad quieres saberlo?" concluye Nasrudín. Pero, una vez más, cediendo a la presión, Nasrudín se ve forzado a obedecer y le ofrece su más sincero juicio: su trabajo es rimbombante, pretencioso, banal y aburrido. Al oír estas palabras, el poeta se pone rojo de ira y durante cinco largos minutos grita a Nasrudín, lanzándole todos los insultos posibles y los calificativos más horribles que se le ocurren. Cuando el poeta se calma, Nasrudín le comenta: "bueno, tu poesía es espantosa, ¡pero tu prosa es verdaderamente magnífica!"

B - Análisis

Como todos sabemos por propia experiencia, es bastante difícil involucrarse en una conversación en la que los interlocutores digan realmente lo que piensan. Esto es así por una simple razón: al igual que el poeta de la historia, todos tenemos pretensiones, todos queremos ser admirados, en mayor o menor medida, y todos nos sentimos inquietos e inseguros de nosotros mismos. Por eso, cuando comenzamos un intercambio verbal con otro, siempre estamos, más o menos, buscando que nos tengan en cuenta y que nos den su aprobación, tanto de nuestras palabras como de nuestros actos y, en el fondo, de la totalidad de nuestro ser. Les pedimos a los otros que nos miren porque nos preocupa no conocer con certeza la valía ni el significado de nuestra existencia. Es evidente que esas expectativas no son siempre tan explícitas

como en el caso del poeta de la historia, pero están presentes como una filigrana, formando algo así como una matriz fundamental en todas las preocupaciones y en todos los diálogos que tenemos.

La razón por la que esto ocurre no resulta demasiado misteriosa: la existencia humana es una construcción. Los animales son los que son: un conejo es un conejo, un tigre es un tigre y sus vidas serán como las de sus padres a no ser que las circunstancias externas cambien. Por sí mismos, los animales actuarán exactamente de la misma forma: no tienen capacidad de ser libres, ni critican la forma en la que sus padres han vivido, sino que su vida consiste únicamente en reproducir e imitar lo que otros de su especie han hecho. El ser humano es un poco diferente de esto. Cada uno de nosotros ha conocido, de una u otra manera, el rechazo hacia sus padres y la mirada crítica hacia la sociedad en la que vive, igual que todos hemos pensado, hasta cierto punto, que podríamos ser mejores que otros en algo. Aunque, en el fondo, nuestros resultados se acaban pareciendo mucho a los del resto de personas que nos rodean, todos conocemos ese pequeño drama que vivimos en nuestro interior en el que tratamos de articular algo que es "realmente" nuestro propio ser, alguna clase de individualidad que es específica de nuestro ser y que siempre posee alguna pretensión de ser mejor que los otros. Sea moralmente, intelectualmente, socialmente o artísticamente, todos buscamos algún tipo de particularidad que nos proporcione una identidad.

Hay diferentes formas de abordar esta cuestión. El filósofo francés Jean Paul Sartre hablaba sobre un proyecto que engloba todo aquello que queremos hacer y todo lo que lograremos; proyectamos nuestro ser en el futuro y la suma de actos que realizamos será la que en última instancia dé continuidad a la realidad y a la sustancia de nuestra existencia. Immanuel Kant, por su parte, se refería a lo que él mismo llamaba "ideales regulativos": ideas que utilizamos como una guía para nuestros pensamientos y acciones, a pesar de que nunca podremos alcanzar completamente esos ideales. En ambos casos nos encontramos con que puede haber, y lo más probable es que haya, una gran diferencia entre lo que deseamos lograr y lo que realmente lograremos. Este hueco suele ser bastante grande y nos hace tener lo que otro filósofo

alemán, G. W. F. Hegel, llamaba "mala conciencia": somos conscientes de que no somos lo que querríamos ser, ni lo que podríamos ser, ni tampoco lo que deberíamos ser. Además, es algo natural y frecuente el compararse con otros, esos otros que, desde nuestra perspectiva, a veces tienen menos que nosotros, pero que, a menudo, tienen más que nosotros. Y nos sentimos celosos porque, generalmente, estamos más preocupados por lo que no tenemos que por aquello que sí tenemos. Exactamente igual que los niños que ven lo que otros tienen y ellos no, en vez de disfrutar de lo que ya tienen.

Tenemos diferentes maneras de hacer frente a estos terribles sentimientos de vacío o fracaso existencial, que se presentan bajo la forma de tristeza, desesperación o ira. A veces, por despecho, afirmamos que no nos importa, que no tenemos ningún problema y, sin embargo, la rabia habita en nuestro corazón. A veces nos deprimimos porque no somos capaces de ser lo que deseamos: nos sentimos impotentes y con ello nos alejamos todavía más de aquel ideal al que aspiramos. A veces buscamos desesperadamente la aprobación de los otros, rogando sin cesar a cualquiera que tengamos delante que nos conceda unas palabras reconfortantes, incluso si estas no son ciertas. De nuevo, hay veces que nos embarcamos en actividades compulsivas con el fin de que nos hagan olvidar aquello que querríamos lograr, en algo así como una obsesiva huida hacia delante. Otras veces ponemos en otros nuestras esperanzas y anhelos, por ejemplo en nuestros hijos, cargándolos a ellos con toda la presión que pondríamos en nosotros mismos. Podríamos preguntarnos: ¿por qué no aceptamos sencillamente la realidad? Pero la verdad es que, después de todo, el alma humana necesita pensar la perfección como forma de darle sentido a su propia existencia.

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Por qué el poeta quiere leerle su poema a Nasrudín?

¿Por qué Nasrudín trata de eludir la tarea?

¿Es Nasrudín un mentiroso?

¿Hizo bien Nasrudín al ser sincero sobre lo que pensaba del poema?

¿Tiene razón el poeta al enfadarse?

¿Cuál es el problema de este poeta?

¿Por qué dice Nasrudín que la prosa del poeta es mejor que su poesía?

Preguntas de reflexión

¿Por qué queremos mostrar nuestros logros a otras personas?

En general, ¿por qué se escribe?

¿Por qué alguien escribe poesía?

¿Por qué es difícil juzgar las cosas?

¿Es a veces complicado expresar nuestros juicios?

¿Por qué la gente se enfada cuando les llevan la contraria?

¿Tenemos siempre alguna expectativa cuando hablamos con alguien?

¿Podemos decir todo lo que pensamos a otra gente?

¿Por qué tememos el rechazo?

D - Ejercicio: pelearse

Profesor

Debido a que Nasrudín dice la verdad sobre lo que piensa, comienza una disputa con el poeta. ¿Debería haber mentido? En nuestra vida diaria existen muchas razones para discutir, a veces son necesarias o legítimas y otras son vacuas y frívolas, algunas son evitables y otras no. El contexto y las razones que nos llevan a estar en desacuerdo determinarán la validez de la controversia. Aunque aprendemos que, en general, las discusiones son malas, algunas son inevitables o necesarias, y otras incluso puedan ser útiles o buenas.

En este ejercicio se dan diferentes razones o explicaciones para justificar una discusión. El estudiante debe examinar las diferentes situaciones y determinar cuáles son más legítimas en comparación con las otras. Su tarea consistirá en elegir las tres más aceptables y las tres menos aceptables y dar un argumento en cada caso para justificar su elección.

Estudiante

En la siguiente lista de razones para mantener una discusión, escoge las tres más legítimas y las tres menos legítimas y da para cada elección que haces las razones que expliquen tu decisión.

¿Está justificado discutir...

...para defenderse?

...para lograr lo que quieres?

...por envidia?

...por rabia?

...para fastidiar al otro?

...para defender la verdad?

...para tener la última palabra?

...porque no te cae bien el otro?

...porque estás de mal humor?

...para proteger a un amigo?

...porque no tienes argumentos?

...porque estás asustado?

...porque estás nervioso?

...para asustar al otro?

...para provocar una lucha?

...porque odias la injusticia?

2. Debe de ser verdad - Pensamiento desiderativo

A - La historia

Nasrudín se está echando una siesta. Fuera, unos niños están jugando, perturbando con ello su sueño. Molesto por el ruido, sale de su casa con la intención de librarse de los niños y para ello les dice: "¿Sabéis? Al otro lado del pueblo hay una dama que está celebrando su boda y, por ese motivo, está repartiendo todo tipo de dulces". Al oír esto, los niños salen corriendo con la boca hecha agua. Después de un rato, como seguía sin poder dormirse, y dándose cuenta de que los niños no volvían, Nasrudín dijo para sí mismo: "Creo que debería ir yo también, pues lo que les he dicho a los niños debe de ser verdad".

B - Análisis

Pronunciamos muchas palabras cada día. Algunas de ellas las meditamos antes de decirlas; otras son impulsivas o surgen como reacción a algo externo; otras son principalmente una expresión de sentimientos o emociones; con otras queremos transmitir cierta información; otras son mera repetición de lo que hemos escuchado o leído, y algunas otras son palabras que surgen en contra de nuestra voluntad y de las que nos arrepentimos. De un modo u otro, todas esas palabras que pronunciamos han sido pensadas antes de salir de nuestros labios. Para afirmar que la proposición "París es la capital de Inglaterra" es falsa, primero debo pensar y comprender la idea de que "París es la capital de Inglaterra", pues de otro modo no podría criticar esa afirmación y declararla falsa. Sin embargo, habrá muchas personas que ofrecerán la siguiente objeción: "sí que puedo pensarlo pero no puedo creerlo". Otros lo formularán de la siguiente forma: "sí, pero no es lo que pienso realmente". Estas objeciones implican poner juntos el acto de "pensar" y el acto de "creer", de forma que "creer" significa "pensar realmente" o tener certeza sobre lo que se piensa o, al menos, una fuerte sensación de que lo que se piensa es verdadero. De esto se deduce que, al estar seguros de que lo que decimos es cierto, lo que pensamos se convierte en algo real, y a esto es a lo que

llamamos "conocimiento": un pensamiento infalible e incuestionable. El problema está en que cuando pensamos de esta forma olvidamos que la historia de ese "pensamiento infalible e incuestionable", como lo muestra el desarrollo de la ciencia, no es más que una mera sucesión sin fin de errores rectificadas e hipótesis que se modifican. Pero los humanos necesitamos certezas, necesitamos estar seguros, pues de otra forma las dudas e inseguridades harían de nuestra vida algo miserable, puesto que querríamos controlarlo y dominarlo todo.

Por otra parte, podemos acercarnos a esta idea de certeza desde una perspectiva diferente: la idea de que el conocimiento está formado por un conjunto de "creencias bien justificadas". Esto significa que tenemos argumentos en favor de tal o cual idea, o que la idea es coherente, que está fundamentada sobre hechos objetivos, que proviene de una autoridad legítima o que está respaldada por alguna teoría coherente y bien fundada; en todos estos casos, afirmamos que la idea está justificada pero no tenemos ningún grado de certeza. Contraria a esta perspectiva, la idea del filósofo pragmatista norteamericano William James es que la verdad viene determinada en relación a lo que consideramos más ventajoso para nosotros. De esta manera, se ofrece una fundamentación subjetiva, pues dichas ventajas pueden tener diferentes significados o ir asociadas a diferentes valores: puede apelar a lo que nos resulte más práctico, a la hipótesis más eficiente, a lo que mejor encaja en lo que ya sabemos o, simplemente, puede significar aquello que nos va a complacer de forma más inmediata. En esa misma dirección, el filósofo danés Kierkegaard afirmaba que la verdad es necesariamente algo subjetivo, y no algo objetivo.

Volvamos ahora a la "verdad" de Nasrudín, cuando les dice a los niños algo con un propósito concreto: el de alejarlos para poder dormir. Para ello los envía hacia otro lugar. Incluso si la historia sobre la boda es falsa, porque él se la acaba de inventar, en cierto modo posee cierta "verdad" puesto que resulta eficiente: gracias a que funciona, los niños se van. Esta idea de que una historia inventada puede ser verdad probablemente le parecerá extraña a nuestro lector pero, al mismo tiempo, esta es la forma en la que pensamos y

hablamos habitualmente todos los días. Esa es la clave que le pone a la historia el broche final: la idea que se ha inventado funciona tan bien, puesto que los niños no han vuelto, que Nasrudín empieza a creérsela. Esta es exactamente la forma en la que surgen los mitos: inventamos una historia, ya sea empezando desde cero o adornando y transformando algún hecho o cuento más básico, y cuando vemos el efecto que la historia tiene en los que la escuchan, por ejemplo la admiración que despierta o las cosas que les lleva a hacer, es entonces cuando nosotros mismos terminamos por asumir la historia, la hacemos verdadera en nuestra mente y nos la creemos. Es la misma forma en la que las sociedades crean sus mitos fundacionales en torno a un determinado héroe o un hecho histórico que es transformado por quienes lo cuentan hasta que pasa a formar parte de la mente colectiva. También es la forma en la que funcionamos, por ejemplo, al recordar nuestra infancia y por eso nos asombramos cuando alguien que conocía previamente esos hechos tiene una versión totalmente diferente de los mismos: así de "seguros" estamos sobre lo que sabemos.

No olvidemos otra razón por la que Nasrudín se cree la historia: al igual que a los niños, a Nasrudín, que es un goloso, le encanta comer. No es accidental que su estrategia para librarse de los niños no tenga nada que ver con darles una explicación razonable o con amenazar con castigarles, sino que apela a la tendencia a disfrutar de los dulces que suelen compartir los niños. De hecho, él está totalmente dispuesto a creer sus propias palabras puesto que provienen de lo más profundo de su corazón: tal argumento le parece tan ventajoso que no se puede resistir a creerlo él también. El simple hecho de que los niños no regresen de su absurda persecución constituye una prueba suficientemente "objetiva" para que Nasrudín se trague su propia mentira. Es cierto que la forma en la que el cuento narra el fenómeno de creer en una mentira que acabamos de inventar suena como algo ridículo, puesto que presenta el proceso de forma comprimida y contundente, pero no debemos olvidar que esta forma de pensar se practica comúnmente de una forma muy estúpida e ingenua. Inventamos historias y acabamos creyéndonoslas, pues, después de todo, ¿por qué no creer nuestras propias palabras si ellas nos agradan y si además cumplen con su función?

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Por qué Nasrudín se inventa la historia de la boda?

¿Por qué los niños creen a Nasrudín?

¿Qué otras formas podría haber usado Nasrudín para hacer que los niños se fueran?

¿Por qué Nasrudín acaba creyéndose su propia historia?

¿Está mintiendo Nasrudín?

¿Es Nasrudín estúpido?

Preguntas de reflexión

¿Deben los niños creer siempre a los adultos?

¿Por qué miente la gente?

¿Nos contamos a veces mentiras a nosotros mismos?

¿Podemos acabar creyendonos nuestras propias mentiras?

¿Cuál es la diferencia entre contar una historia y mentir?

¿Cómo podemos decidir si lo que escuchamos es verdadero o es falso?

¿Te gusta inventar historias?

D - Ejercicio: Creer o no creer

Profesor

En general, las escuelas y el ambiente en casa no fomentan demasiado en los niños el cultivar un pensamiento crítico ni tampoco que practiquen la expresión personal y la argumentación. En las escuelas, a los estudiantes no se les anima, en general, a que produzcan juicios bien contruidos: cuando se les pregunta por su opinión a menudo ellos expresan sencillamente su sensibilidad de forma subjetiva y no razonada, apelando a sus esperanzas y deseos. A su vez, esperamos de los estudiantes que aprendan a evaluar lo que escuchan; queremos que sean capaces de juzgar de manera sabia, capacidad que solo será desarrollada a través de la ejercitación de la misma. Es difícil determinar hasta qué punto deberíamos creer lo que oímos: es algo que debemos ir aprendiendo.

Para realizar el siguiente ejercicio lo primero es asegurarnos de que se han comprendido correctamente las palabras usadas y las ideas expresadas para, en segundo lugar, evaluar de forma rigurosa las implicaciones que se siguen de ellas y los límites de tales ideas. El estudiante por tanto no debe leer los enunciados de forma atropellada e ingenua sino que debe pararse a evaluar su corrección, juzgar su contenido y justificar dichos juicios.

Estudiante

¿Debes creer...

...a tu padre cuando te dice que el perro le habla?

...a tu abuelo cuando te dice que es seguro que tu equipo favorito ganará el siguiente partido?

...a tu madre cuando te dice que la música que te gusta no es bella?

...a tu abuela que te dice que lo que comes no es bueno para la salud?

...a tu hermano que te dice que tu profesor es un mal profesor?

...al científico que te dice que hay elefantes viviendo en la luna?

...a tu profesor cuando te dice que no hay colegio el lunes?

...a tu mejor amigo cuando te dice que eres el mejor de todos sus amigos?

...a tu tía que te dice que ella es demasiado mayor para cambiar?

...a un extraño que te dice que te llevará al zoo?

...a un niño que te dice que cuando sea mayor será presidente?

...a un niño que te dice que cuando crezca tendrá tres hijos?

...al vecino que te dice que lloverá mañana?

...a un amigo que aparenta saber lo que piensas?

...a tu padre cuando te dice que eres un insolente?

...al periódico cuando afirma que el final del mundo está cerca?

...a una estrella de cine que anuncia en televisión el mejor coche que existe?

...a un famoso cantante que explica qué perfume es el mejor?

3. Come, chaqueta, come - Apariencias

A - La historia

Uno de los vecinos de Nasrudín invita a nuestro héroe a un banquete. Como no parece ser una cita formal, este decide vestirse con su ropa de diario para acudir al festín. Poco después de llegar se da cuenta de que nadie le presta ni la más mínima atención, ni siquiera el anfitrión, que no se ha acercado a saludarle ni a ofrecerle algo de beber, como ocurre normalmente en este tipo de eventos.

Molesto por lo que ocurre, decide volver a casa, ponerse su chaqueta y su pantalón más sofisticados y volver después al banquete. De repente todo ha cambiado: tan pronto como empieza a subir las escaleras todo el mundo le saluda cordialmente, le invitan a sentarse, y le sirven los más deliciosos manjares.

Cuando le sirven la sopa, Nasrudín hunde la manga de su chaqueta en el plato y grita: "¡Come, chaqueta! ¡Come!" Inmediatamente, el sorprendido anfitrión le pide explicaciones sobre su extraño comportamiento. "Cuando llegué vistiendo mis ropas normales -comienza a explicar Nasrudín- nadie me ofreció nada de beber ni de comer. Pero cuando he vuelto, vistiendo esta elegante chaqueta, inmediatamente me han ofrecido lo mejor de todo, por lo que he supuesto que era la chaqueta y no yo quien había sido invitada a este banquete".

B - Análisis

¿Qué somos para los demás, nuestra apariencia o nosotros mismos? El filósofo francés Blaise Pascal afirmaba que, en general, no se nos ama por lo que realmente somos, sino por nuestra belleza, por nuestro carácter, nuestra utilidad, el placer que proporcionamos, etc. Esta idea plantea el problema de nuestra identidad: ¿somos algo más que nuestra apariencia?, ¿podemos llegar a conocer acaso nuestro "yo real"?, ¿conocemos y apreciamos el "yo real" de los otros?, ¿estamos siquiera interesados en saber quiénes somos y quiénes

son los demás? Como suele pasar en las historias de Nasrudín, un problema habitual se nos presenta de forma caricaturizada o exagerada para hacerlo más visible, porque lo que ocurre todos los días tiende a volverse invisible: lo cotidiano desaparece, se vuelve neutro, habitual y banal: es lo que constituye la realidad. En este contexto, la función de Nasrudín es lograr lo que el filósofo inglés Bertrand Russell afirmaba que era la función de la filosofía: hacer de lo ordinario algo extraordinario y, de lo extraordinario, algo ordinario.

Pero claro, ante esta historia algunos lectores afirmarán que ellos no son así. Ellos dirán que no tratarían a nadie en función de su apariencia o la forma en la que visten. Bien, si tratamos de ser honestos con nosotros mismos, en las ocasiones excepcionales en las que asistimos a un encuentro o una celebración, ¿no cambia nuestra actitud si la comparamos con nuestra forma habitual de relacionarnos con la gente?, ¿no sentimos algo extraño que nos impresiona y nos hace reaccionar de forma diferente? Incluso es posible que de forma racional pensemos que nuestra extraña reacción no tiene ningún sentido. ¿Qué hay de las situaciones en las que tenemos que hablar con nuestro jefe, o con quien nos atiende en el banco, con un profesor, con algún experto o autoridad? Y, la pregunta fundamental: ¿hay alguna diferencia entre la función o el título que posee alguien y su forma de vestir?, ¿no son ambas mera apariencia?, ¿por qué deberíamos tratar de forma diferente a una persona famosa que a nuestro vecino de al lado?, ¿por qué tratar diferente a la persona que "habla bien" y a la "persona normal"?, ¿no nos dejamos a menudo seducir o impresionar por esas meras apariencias?

Para contestar a la última pregunta, digamos que una persona es "más persona" que las otras, tal y como se presupone en la expresión "¿es realmente alguien?". Algunas personas son más "alguien" que otras: los otros son indiferenciados, desaparecen en la muchedumbre sin que podemos diferenciarlos. Cuando "alguien" es una persona especial, singular, se le trata de forma diferente. Ese es el problema del que trata la historia: el reconocimiento. Así que preguntémosnos: ¿qué es este reconocimiento?, ¿cuál es ese estado que todos deseamos y esperamos lograr, exactamente igual que Nasrudín? Se trata de que nos identifiquen por un conocimiento previo o

encuentros anteriores, lo que significa que ya nos conocen y que nos recuerdan. Y si no nos recuerdan nos sentimos tristes e incluso insultados porque implícitamente ese reconocimiento significa que nuestra existencia es tenida en cuenta. A través del reconocimiento una existencia particular ve garantizado el poseer cierto valor porque recordarla es algo que merece la pena. Y todos nosotros queremos que nuestro ser, nuestros pensamientos o nuestras acciones sean apreciadas e incluso aclamadas, tan universalmente como sea posible, a pesar de que no todos somos conscientes de ello ni todos lo admitiríamos. A menudo le llamamos a esto ser respetados, que cierta imagen vaya asociada a nuestro nombre.

Podríamos criticar a Nasrudín por su falta de humildad, por no aceptar su estatus "anónimo" en el banquete. En ese sentido él es muy humano, igual que nosotros: está lleno de expectativas. La diferencia entre Nasrudín y nosotros es que él se toma su "drama" con distancia, con humor. Su "humanidad" le convierte en un crítico de la sociedad de una forma muy reveladora: él no es víctima ni de la impotencia ni del resentimiento. Por ello le reconocemos valor a su historia. También, paradójicamente, es cuando Nasrudín se comporta mal con los otros, burlándose de ellos, criticándolos, cuando él encuentra finalmente su reconocimiento. Igual que ocurre con la ley de la jungla: instintivamente respetamos al más fuerte, aquel que se impone sobre nosotros; al final, a quien respetamos es a aquel que no nos respeta a nosotros.

Una última cuestión a tener en cuenta es la naturaleza paradójica de las apariencias. La cuestión radica en saber si nuestra apariencia esconde quiénes somos en realidad o si, por el contrario, lo muestra. ¿La apariencia revela o esconde la realidad? En tanto que la apariencia es lo que vemos de algo podríamos pensar que ella representa la realidad de esa cosa hecha visible. No hay ninguna razón que nos lleve a pensar que la apariencia de una manzana traiciona la naturaleza "verdadera" de la manzana, igual que no hay ninguna razón para pensar *a priori* que si alguien parece tonto no va a ser tonto.

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Por qué Nasrudín se siente decepcionado con su primera visita a la fiesta?

¿Por qué Nasrudín se cambia de ropa?

¿Por qué Nasrudín recibe una buena acogida la segunda vez?

¿Por qué Nasrudín hunde la manga de su chaqueta en la sopa?

¿Se comporta Nasrudín de forma adecuada?

Preguntas de reflexión

¿Revelan nuestra forma de vestir quién somos?

¿Por qué es tan importante la forma en la que viste la gente?

¿Debemos confiar en la apariencia?

¿Debemos respetar por igual a todo el mundo?

¿Qué es más importante, la apariencia o la realidad?

¿Cuál es la diferencia entre la apariencia y la realidad?

¿Queremos a las personas por lo que son o por cómo se presentan ante nosotros?

D - Ejercicio

Profesor

Cada día vemos lo importante que son las apariencias. Al mismo tiempo, cada cierto tiempo constatamos que también pueden ser engañosas. En cualquier caso, no todas las apariencias son engañosas y, cuando lo son, lo pueden ser por muy diferentes razones. Por tanto deberíamos intentar identificar las diferentes maneras en las que podemos encontrar desacuerdos entre lo que las cosas parecen ser y lo que son.

A continuación se ofrecen diferentes proposiciones relacionadas con la distinción entre apariencia y realidad. En cada caso debemos suponer que no hay concurrencia y que el estudiante debe encontrar alguna razón que dé cuenta de esa discrepancia. Con el fin de abordar de forma sustancial esta cuestión, el estudiante deberá explicar suficientemente su hipótesis y si es posible dar diferentes razones. Para terminar podríamos comparar las diferentes razones por las que hacemos juicios falsos basados en las apariencias.

Estudiante

Responde de forma razonada a las diferentes preguntas sobre la distinción entre realidad y apariencia:

¿Puede alguien parecer extranjero y no serlo?

¿Puede alguien parecer bueno y ser lo contrario?

¿Puede alguien parecer egoísta y ser lo opuesto?

¿Puede el profesor parecer estricto y ser lo contrario?

¿Puede un objeto parecer lo que no es?

¿Existen las cosas falsas?

¿Podemos creer erróneamente que alguien está enfadado con nosotros?

¿Podemos a veces confundir a una persona con otra?

¿Podemos creer que sabemos algo y no saberlo?

¿Hay un verdadero Santa Claus y un falso Santa Claus?

¿Podemos estar asustados erróneamente sobre algo?

¿Podemos confiar equivocadamente en alguien?

¿Puede alguien tener buena pinta y ser peligroso?

¿Puedo estar equivocado respecto a mí mismo?

¿Podemos creer lo que vemos?

4. El burro - Verdad y amistad

A - La historia

Ahmet, el vecino de Nasrudín, quiere pedirle prestado su burro. Va a casa de Nasrudín a preguntarle que si se lo podría dejar, explicándole que lo necesita, ya que tiene que terminar un trabajo muy importante y muy duro. "Mi burro no está aquí", responde Nasrudín, molesto por la petición. Mientras están hablando, Ahmet oye los rebuznos que provienen de la parte trasera de la casa. "iHee-haw! iHee-haw!"

Ahmet se pone furioso: "¡Qué clase de amigo eres que afirmas que tu burro no está cuando realmente está ahí mismo, en el jardín! A lo que Nasrudín le responde: ¡Y tú!, ¿qué clase de amigo eres tú, que prefiere creer a mi burro antes que creermé a mí?"

B – Análisis

Esta historia plantea dos problemas: el problema de la verdad y el de la amistad. En este punto merece la pena recordar la advertencia de Platón cuando afirmaba que verdad y amistad no van demasiado bien juntas puesto que la última cosa que podemos esperar de un amigo es que nos diga lo que realmente piensa ya que, a la larga, esto propicia el riesgo de hacernos sentir incómodos y molestos con este amigo.

En cuanto a la verdad, examinemos el estatus del "discurso" del burro. Obviamente, nos hace gracia esa idea porque no nos esperamos que se pueda creer a un burro, puesto que "creer" es algo que se atribuye únicamente al discurso humano, o a Dios, pero no a un animal. Podemos preguntarnos ¿por qué no se aplica a los animales? Ahora que podemos pensar sobre ello, en el contexto de la historia, nos damos cuenta de que los animales siempre dicen "la verdad" por muy rara que parezca esta idea. Y la razón por la que siempre dicen la verdad es que no pueden mentir, aunque alguien podría objetar argumentando que algunos animales pueden ser muy astutos cuando quieren atrapar a su presa.

Podemos por tanto afirmar que los humanos mentimos porque somos libres de inventar la realidad al no estar condenados a la aceptación de los hechos brutos y objetivos, como podemos ver en el tipo de vocabulario que usamos todos los días: ilusiones, sentimientos, esperanzas, miedos y deseos que determinan en gran medida lo que decimos acerca de la realidad, incluso cuando pretendemos ser objetivos. Una razón para ello es que los hechos puros difícilmente existen para nosotros puesto que todo tiene un significado, y este significado, ya sea simbólico, emocional, espiritual, racional, científico o de cualquier otra índole, transforma la realidad "natural" en realidad "humana". La otra razón es que esa capacidad potencial de transformar la realidad nos da una poderosa habilidad para fantasear, al mismo tiempo que nos permite poder decir lo contrario de lo que "realmente" pensamos. En otras palabras, hay una duplicidad en el corazón y en la mente, para bien y para mal, e incluso confusión, entre lo subjetivo y lo objetivo.

Por ello, en un sentido cómico, podemos confiar más en el "discurso" del burro puesto que con sus rebuznos él está confirmando su propia presencia, mientras que las personas somos capaces de decir cosas como "no estoy aquí" lo que constituye una absoluta contradicción performativa entre el contenido de nuestro discurso y el discurso en sí mismo. Aunque, por supuesto, esto último puede tener cierto sentido cuando le damos una interpretación de segundo orden o cuando la palabra "aquí" la usamos con otro significado.

En cuanto a la amistad, en la historia podemos percibir como esta palabra puede llegar a perder todo su significado; ¿es realmente tu amigo alguien que viene a pedirte algo prestado?, ¿alguien que te miente es realmente tu amigo?, ¿alguien que se niega a dejarte algo, ya sea por motivos egoístas o legítimos, se puede considerar un verdadero amigo?, ¿algunas personas son nuestros amigos únicamente porque les somos de utilidad? "Amigo" es una palabra que de tanto usarla ha perdido significado, como podemos ver, por ejemplo, en el uso que se hace de este concepto en Facebook cuando se afirma "Tengo trescientos cincuenta y tres amigos...". De esta forma, nos acabamos comportando como los colegiales que de un día para otro cambian de idea y pasan de considerar a alguien, dependiendo de las circunstancias, su mejor

amigo o su peor enemigo, por lo que podemos concluir que el uso que damos a este término es bastante indiscriminado.

Por ese motivo los filósofos griegos Platón y Aristóteles distinguían la amistad basada en la utilidad, la basada en el placer y la verdadera amistad. Estamos bastante familiarizados con las dos primeras clases, pero lo que define la tercera es un misterio. ¿Quién no tiene alguna historia sobre amigos que finalmente demostraron no ser tan amigos? Debido a que solemos tener expectativas en nuestras relaciones con los demás, eso puede devenir en que la relación dé un giro y pase a centrarse en la conveniencia y las necesidades, cualquiera que sea su naturaleza: material, relacional, psicológica. etc. Es lo que aparece en la historia cuando los dos vecinos se recriminan el uno al otro por sus respectivos comportamientos, mostrando con ello la fragilidad, la superficialidad o incluso la vacuidad de su amistad, que no es más que una cuestión de ser vecinos convenientes o inconvenientes, agradables o no, que nos son de utilidad o que nos resultan inútiles.

De todo lo dicho surge el problema de la confianza, fundamental tanto en la amistad como en cualquier otro tipo de relación humana: ¿debemos confiar en un amigo porque es nuestro amigo o porque dice cosas que tienen sentido?, ¿cuánto podemos confiar en un amigo que afirma cosas increíbles a pesar de que nos garantiza o jura que son verdad? En ese momento tenemos que decidir si confiamos más en nosotros mismos, en nuestra experiencia y buen juicio, o en la otra persona: una difícil decisión cuando la amistad y la razón se enfrentan. A ese problema le sigue otro: si no creemos lo que nos dice nuestro amigo, ¿debemos decírselo o deberíamos mentir para no herir sus sentimientos y arriesgarnos así a perder su amistad? Será en ese momento cuando la relación que mantenemos con nuestro amigo y la que mantenemos con la verdad mostrarán su verdadero rostro y se revelará nuestra forma de ser.

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

- ¿Por qué Nasrudín no quiere dejar su burro?
- ¿Son Nasrudín y Ahmet amigos?
- ¿Por qué Ahmet le llama a Nasrudín "amigo"?
- ¿Por qué Nasrudín le llama a Ahmet "amigo"?
- ¿A quién debe creer Ahmet: a Nasrudín o al burro?
- ¿Es Nasrudín un mentiroso?
- ¿Está el burro diciendo la verdad?

Preguntas de reflexión

- ¿Dicen los animales siempre la verdad?
- ¿Por qué mentimos las personas?
- ¿Podemos tener buenas razones para mentir?
- ¿Debemos creer siempre a nuestros amigos?
- ¿Debemos siempre creer a nuestra familia?
- ¿Pueden las personas decidir ser amigas por malas razones?
- ¿Por qué las personas son amigas?
- ¿En quién creerías más, en un amigo o en ti mismo?

D - Ejercicio: razones para mentir

Profesor

En esta historia, Nasrudín está aparentemente mintiendo, pero quizá tiene buenas razones para hacerlo. Por supuesto, hay muchas razones para mentir y algunas son mejores que otras: algunas pueden ser necesarias, otras buenas, o útiles, algunas pueden ser importantes, otras pueden ser tontas, malas, malvadas o sencillamente inútiles. Cualquiera que sea la razón, el acto de mentir debe distinguirse de las razones por las que lo hacemos. A pesar de que a veces queremos llamar a una mentira con otro nombre, por ejemplo cuando pensamos que es una mentira legítima o inocente; en esos casos solemos hablar de descuido, omisión, error, invento, broma, equivocación, cumplido, adorno, estrategia de defensa, eufemismo, etc. Por supuesto, la motivación que nos ha llevado a decir algo "no verdadero" nos ayudará a calificar moralmente y a juzgar el acto de mentir en sí mismo.

En este ejercicio se ofrecen diferentes razones para no decir la verdad. El estudiante debe examinar las diferentes situaciones y decidir qué razones son legítimas y cuáles no. Una vez hecho eso, la tarea consiste en juzgar si en esas situaciones estamos ante una mentira o si preferiríamos llamarlo de otra manera.

Estudiante

Responde de forma razonada a las preguntas para cada una de las siguientes situaciones:

¿Es una buena o una mala razón para no decir la verdad...?, ¿se trata de una mentira o de otra cosa?

Para evitar dañar a alguien

Por ignorancia

Para ganar tiempo

Para lograr algo

Porque es feo

Para no asustar a la persona

Porque estamos asustados

Para no herir al otro

Cuando cometemos un error

Para mantener viva nuestra ilusión

Cuando nos da miedo que nos malinterpreten

Porque es algo muy duro de decir

Porque queremos que nos quieran

Porque queremos recibir un regalo

Porque respetamos a nuestro interlocutor

Porque es un secreto

Porque nos da vergüenza

Porque no estamos seguros

Para protegernos

Porque no es necesario explicarlo todo

5. Inch Allah - Palabras y pensamiento

A - La historia

Un buen día, Nasrudín decide ir al mercado a comprar un burro. En el camino se encuentra con su amigo Alí que le pregunta adónde va.

Nasrudín le responde: "voy a comprar un burro al mercado", ante lo cual su amigo le regaña: "¡No deberías hablar así! Deberías añadir siempre "¡Inch Allah!" al final de cada frase". Nasrudín le contesta rápidamente: "esta vez no hace falta que diga "¡Inch Allah!" porque tengo el dinero en mi bolsillo y hay muchos burros en el mercado así que estoy seguro de que lo podré comprar" tras lo cual dio media vuelta y se fue.

Más tarde, cuando Nasrudín volvía del mercado, se encontró de nuevo con su amigo Alí. Este le preguntó: "Bien, ¿qué ocurrió en el mercado?, ¿por qué no llevas un burro contigo?", Nasrudín le contesto con tristeza: "alguien me robó el dinero, ¡Inch Allah!"

B - Análisis

Hay diferentes aspectos de esta historia que tratan principalmente sobre las palabras, sobre qué son y cómo las usamos. En primer lugar, está la idea de que debemos hablar de cierta forma no solo por lo que dictan las normas del lenguaje, sino también por las costumbres, los hábitos o los usos rituales. Esto es a lo que en general llamamos cortesía, buena educación o respeto: tenemos que hablar como se debe, siguiendo las reglas establecidas. Ir en contra de las tradiciones es una falta de respeto tanto para la sociedad en general como para nuestro interlocutor en particular. En el caso que nos ocupa a eso se le unen las características distintivas de la creencia religiosa, lo que añade un plus de rigidez a la formula que debe ser usada.

En segundo lugar está el poder de las palabras, lo que con ellas se puede provocar o lo que nos pueden traer. Desde el comienzo de los tiempos existe la idea de que las palabras no son solo palabras sino que tienen alguna clase de poder sobrenatural: en especial, hay palabras que pueden hacer que nuestros

deseos se cumplan y otras que nos pueden proteger del mal. Son nuestro medio natural de comunicación con lo divino, aquello que compartimos con la divinidad. Las palabras divinas nos son dadas por Dios, o por los dioses, y por eso los hombres pueden pronunciarlas. Por tanto, la utilización de ciertas palabras es un deber, una obligación hacia las fuerzas que gobiernan el universo. Las palabras nos infunden poder; desprovistos de ellas nos volvemos seres desvalidos o incluso malditos. En este contexto, "*Inch Allah!*" significa que es cosa de Alá garantizar que se cumpla el deseo de comprar un burro: el hombre propone y Dios dispone. Aquel que olvida esto es un malhechor, un infiel: es una mala persona y la providencia debe castigar su soberbia. Y eso es lo que ocurre en la historia; Nasrudín ha olvidado su condición humana, el ser una simple criatura desvalida en manos de Dios: por ello se queda sin su dinero y, en consecuencia, no consigue el burro que quería y que tan seguro estaba de conseguir al actuar de forma tan engreída. Cuando ya ha caído el castigo sobre él, trata de usar las palabras que debería haber dicho para no atraer la desgracia, pero ya es demasiado tarde: no podemos volver atrás en el tiempo. Las palabras no pueden ser usadas de cualquier forma y en cualquier momento; hay un tiempo para usarlas correctamente, y también formas inadecuadas e incluso estúpidas de hacerlo. En este caso, si uno quiere pedirle a su Dios ayuda en el futuro, debe saber que en el pasado sus deseos ya se han cumplido y que el tiempo no volverá atrás. Nasrudín es alguien que ignora todo esto: actúa de forma primitiva. Desconoce la naturaleza de las palabras, cómo usarlas y qué se puede lograr con ellas y qué no.

Esto nos lleva a la tercera cuestión: no siempre entendemos lo que decimos, no siempre somos conscientes del significado de nuestro propio discurso. Las palabras no son únicamente sonidos que pronunciamos en función de las circunstancias, en función de la utilidad. El perro ladra cuando está enfadado, chilla cuando está sufriendo; expresa diferentes emociones con unos pocos sonidos diferentes, no muchos. El lenguaje humano es mucho más complejo. El arte "de los sonidos" es mucho más elaborado, supone comprensión y consciencia, no solo algún tipo de procedimiento instintivo y de imitación. Pero eso es algo muy complicado: en diferentes grados, no siempre controlamos el significado de lo que decimos. Nuestro dominio del lenguaje es, a menudo,

muy aproximado, no somos capaces de medir completamente el significado de las palabras; en particular, los diferentes niveles del discurso, su potencial polisémico y sus dimensiones simbólica e interpretativa. Repetimos, pero no sabemos qué es lo que a veces produce malos resultados, como es el caso de Nasrudín. Aunque le dicen que tiene que pronunciar la invocación "*iInch Allah!*" después de aquellas oraciones que expresan algún tipo de deseo futuro, él la repite tontamente después de una oración que se refiere al pasado. Por supuesto, su estupidez no está exenta de significado: él desearía que el pasado pudiese ser rehecho con el fin de reestablecer un nuevo futuro donde el no se quedase sin poder comprar el burro. Él no se da cuenta de que las palabras deben ser usadas de una determinada manera, no es un truco barato que uno pueda usar sin pensar primero, tratando de imitar lo que hemos visto hacer a otro en una situación diferente. Este problema es habitual encontrarlo en las diferentes historias de Nasrudín porque también es muy común encontrarlo en nuestra vida cotidiana.

Este es el último aspecto importante de la historia: cambiar de comportamiento, en función de lo que ocurre, como una reacción a lo que está sucediendo. Podemos llamar a esto "el principio de realidad". Como ya hemos mencionado, Nasrudín pensaba que su proyecto era algo tan seguro, que estaba totalmente bajo su control, que no pensó que fuese necesario usar las palabras habituales: se comporta de forma descuidada en su uso del lenguaje por su ignorancia y su orgullo. Pero la realidad le atrapa, mostrándole su propia fragilidad y exageración, su falta de mesura. Una vez que ha sido castigado por esto, trata de poner en práctica lo aprendido, retractándose, pero eso no sirve para nada: es demasiado tarde y ya no hay vuelta atrás. Pero esto es algo que tampoco comprende: todavía no ha asumido el principio de realidad, sino que lo que hace es poner en práctica una versión extrema del pensamiento desiderativo, al pensar que siempre puede conseguir lo que quiere. En este sentido, es muy coherente: no puede aprender de manera profunda, y su incapacidad para aprender debería servirnos de lección sobre nuestra propia incapacidad para aprender.

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Cuál es el propósito general de la invocación "iInch Allah!"?

¿Por qué Alí quiere que Nasrudín diga "iInch Allah!"?

¿Está Alí en lo correcto al regañar a Nasrudín?

¿Por qué Nasrudín inicialmente se niega a decir "iInch Allah!"?

¿Por qué Nasrudín finalmente dice "iInch Allah!"?

¿Tiene sentido el "iInch Allah!" de Nasrudín?

¿Cambia algo en Nasrudín?

Preguntas de reflexión

¿Podemos volver atrás en el tiempo?

¿Somos dueños de nuestro propio futuro?

¿Podemos afirmar que somos libres?

¿Es incorrecto estar seguros acerca de nuestros logros?

¿Por qué a veces negamos nuestro propio comportamiento?

¿Es el orgullo un problema?

¿Hay una forma correcta y una incorrecta de hablar?

¿Deberíamos hablar como los demás?

D - Ejercicio: ¿Quién decide?

Profesor

Nasrudín piensa que lo controla todo, pero se da cuenta de que no puede decidir sobre todo aquello que le ocurre. Todos tenemos este mismo problema. Cada día, tomamos decisiones y actuamos de maneras que son más o menos deliberadas, conscientes y libres. Por eso parece importante animar al estudiante a investigar esta problemática, preguntándose sobre diversos gestos y situaciones cotidianas con el fin de determinar si las acciones que realiza son voluntarias y libres o no. Naturalmente, como pasa la mayor parte de las veces en este campo, libertad y determinismo están interconectados, ambigüedad que deberá aparecer durante el trabajo. Aunque al final será necesario arbitrar entre estos dos conceptos. Un par de preguntas que el profesor puede usar, para ayudar al estudiante a decidir, son: "¿Podrías haberlo hecho de otra manera?" o "¿Te viste obligado a actuar de esa forma?"

Al realizar el trabajo será importante favorecer la producción de diversos criterios que permitan decidir cómo y hasta qué punto esas acciones dependen o no dependen puramente de nuestra voluntad. Por ejemplo, aquí están varios criterios para la primera cuestión: esto depende de mí porque podría haber permanecido calmado, o no depende de mí porque soy una persona colérica, o no depende de mí porque Miriam me provocó. En cualquier caso, sea cual sea el dilema, uno debe decidirse por una opción u otra.

Estudiante

¿Eres tú el que decide en estas situaciones o lo que haces depende de algo externo?

Me enfado cuando Miriam me llama idiota.

Ir a la escuela.

No recordar la lección.

Soñar con nuestra película favorita.

Que me guste el mismo cantante que a todos mis amigos.

Tomas la decisión de trabajar en la escuela.

Tienes una pelea con Peter.

Ves programas para niños en la tele.

Juegas al fútbol.

Cojo el autobús número 18 y me lleva al parque.

Estornudas cuando hay corriente.

Hablar muy rápido.

Que no te importe hablar delante de toda la clase.

Darte un atracón nocturno.

Estar distraído en clase.

Hacer ruido con la boca al comer.

Obedecer las reglas.

Obedecer a tus padres.

6. El dolor de muelas - Yo y el otro; la identidad

A - La historia

Nasrudín sufre un terrible dolor de muelas, pero está demasiado asustado para ir a ver al barbero para que este se encargue de poner fin al dolor.

Su vecino Ahmet, alarmado por su rojo e inflamado moflete, le pide que abra la boca. "¡Por Alá!, ¡vaya infección!, si yo fuese tú, y esa muela estuviese en mi boca, haría que me la quitasen ahora mismo."

"Si yo fuese tú, ¡desde luego que también haría que me la quitasen!" contestó Nasrudín.

B - Análisis

Todos conocemos a gente que pretende decirnos qué es lo que tenemos que hacer. Bien sea un familiar, alguien a quien acabamos de conocer o alguna clase de experto, todas ellas son personas que quieren asesorarnos, guiarnos o aconsejarnos sintiéndose, por lo general, seguros de la legitimidad de lo que piensan y de lo que dicen. A veces actúan así porque les pedimos consejo, pero otras, incluso sin haberles pedido su opinión, nos hablan insistentemente como si considerasen que deberíamos seguir ciegamente sus opiniones, y como si hacer cualquier cosa diferente fuese un terrible error o, incluso, un ataque a su honor. Algunas personas parecen tener una fuerte tendencia hacia querer ayudar a otros, lo que para ellos significa tomar el mando y decidir sobre las acciones del otro, al que supuestamente solo quieren ayudar.

Ahora, desde luego que es normal querer ayudar a un amigo o a un familiar, incluso a una persona a la que no conocemos, siguiendo la máxima del amor al prójimo. Todos lo hacemos, en cierta medida, con algunas de las personas a las que tenemos cerca, y a todos nos gusta que a veces, en una situación difícil, alguien venga y nos diga qué hacer, dándonos un consejo que nosotros podríamos decidir seguir o no seguir.

Pero cabe hacerse las siguientes preguntas al respecto: ¿tiene realmente sentido decirle a alguien lo que tiene que hacer?, ¿hasta qué punto tendría

sentido hacerlo? Tiene sentido decirle a alguien lo que tiene que hacer, en primer lugar cuando tenemos información que suponemos que la persona no tiene, o que parece que ha olvidado o que ha pasado por alto. En segundo lugar, tiene sentido hacerlo cuando pensamos que la persona es débil, está necesitada, desesperada o sometida a algún tipo de estrés psicológico que hace a la persona incapaz de tomar sus propias decisiones o incapaz de tomar la decisión correcta. En este contexto, necesitamos ayuda y la queremos, incluso cuando no la hemos pedido, y eso es lo que podemos y debemos hacer por los otros cuando se encuentran en esa situación.

Entonces, ¿dónde está el problema?, ¿cuándo deja de tener sentido decirle a alguien lo que tiene que hacer? Si observamos con atención las condiciones para decirle a otro qué hacer, veremos que estamos presuponiendo que esa persona tiene algún tipo de dificultad, o discapacidad, que paraliza o complica su proceso de tomar una decisión. Por tanto, nosotros proponemos compensar su problema decidiendo por él, directa o indirectamente. Como poco, intentamos influir en su decisión. Esto indica, en primer lugar, una falta de confianza en el otro: pensamos que el otro no es capaz de manejar el problema, así que lo queremos hacer nosotros por él, y a eso es a lo que llamamos "ayudarlo". Por supuesto, si esta persona ya tenía una falta de confianza en sí misma, esta "ayuda", incluso si llega a solucionar inmediatamente el problema, no le ayudará a desarrollar su autoestima: lo que estará haciendo es reforzar su dependencia de los otros. Esto consolidaría la idea de que existe una jerarquía que separa a aquellos que son capaces de los que no lo son, lo que el filósofo Immanuel Kant llamaba "estado de minoridad": la incapacidad de utilizar el entendimiento si no es bajo la dirección de otro. La persona en este estado está permanentemente pidiendo consuelo o buscando la aprobación para reafirmarse en alguna autoridad externa. Deja de aprender de su propia experiencia a pesar de que eso es algo totalmente irremplazable en la vida de esa persona.

El segundo síntoma que indica esa tendencia a decir a otros qué hacer es la impaciencia: el consejero no puede esperar a que su interlocutor se decida por sí mismo, puesto que eso requiere de un proceso largo que le tomará un

tiempo: en cambio, prefiere decirle, darle "la respuesta" ya hecha y preparada para ser usada. Su motivación es totalmente egoísta: él quiere sentirse mejor, no puede soportar la tensión y la incertidumbre, como les ocurre a muchos "malos" profesores o padres que no pueden afrontar el vacío que genera el proceso de pensamiento del niño con sus dudas e incertidumbres. En este patrón de comportamiento, el consejero puede vivir vicariamente, a través del aconsejado, algo así como una segunda vida, como a veces hacen los padres con sus hijos, de forma abusiva, cuando les piden que hagan cosas que ellos o bien no pudieron hacer o que simplemente no hicieron,, poniendo, así, todas sus esperanzas en esta nueva vida. Cierta tipo de fusión está operando aquí; desde luego, el aconsejado puede él mismo, deliberadamente, comprometerse con este tipo de identidad confusa, en la que la seducción es otra forma de poner en juego el poder: en este caso el poder del débil sobre el fuerte; yo pregunto aunque soy quien mejor sabe lo que hay que hacer: con ese comportamiento hago al otro sentirse fuerte y necesario. Esto es lo que hacen muchos niños para reafirmarse en lo que son a la vez que agradan a sus padres.

Nasrudín rechaza por completo cualquier tipo de pacto que suponga una transferencia de identidad. Como él dice: "Si yo fuese tú, desde luego que también haría que me la quitasen!"; en otras palabras: el otro siempre es otro, está fuera. La persona en esa posición externa solo tiene un conocimiento formal; su comprensión no está conectada a la experiencia. En este caso, el vecino no es el que está sufriendo el dolor y la angustia por la extracción de la muela: su pensamiento es teórico, no está encarnado. En cierto modo, solo podemos confiar en nosotros mismos, y solo debemos confiar en nosotros porque solo nosotros somos los que tendremos que lidiar con las consecuencias de nuestras decisiones. El consejero ya no estará allí llegado ese punto, por mucho que pueda estar físicamente presente. La autonomía es la experiencia de una profunda soledad, pero a la vez es también una experiencia de empoderamiento del yo, un aprendizaje de confianza en uno mismo, y por tanto de confianza en los otros, porque esta confianza será consciente y deliberada, no compulsiva y temerosa. Entonces el diálogo con el otro puede ser real y productivo. Porque no hay confusión sobre quién es quién.

C – Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Por qué Ahmet le pidió a Nasrudín que abriese la boca?

¿Qué le recomienda Ahmet a Nasrudín?

¿Usa Ahmet un buen argumento?

¿Cuál es la motivación del consejo de Ahmet?

¿Acepta Nasrudín la recomendación de Ahmet?

¿Cuál es la motivación de la respuesta de Nasrudín?

¿Tiene sentido la respuesta de Nasrudín?

Preguntas de reflexión

¿Debemos siempre confiar en el consejo que nos dan?

¿Por qué otro debería decidir por nosotros?

¿Por qué nos preocupamos por otras personas?

¿Por qué las personas les dicen a otros lo que tienen que hacer?

¿Hay buenas y malas razones para decirles a otras personas qué hacer?

¿Podemos sufrir por otro?

¿Podemos ponernos en el lugar de otro?

D - Ejercicio: Identidad

Profesor

Nasrudín sabe que él no es su vecino: él es él mismo. Pero es difícil saber quiénes somos. Todos tratamos de descubrir quiénes somos, en un intento de expresar nuestra singularidad. Muchos parámetros nos definen, y hay numerosos temas en juego en este proceso de identificación: la relación con los otros, la relación con el entorno, la complejidad del ser con sus múltiples dimensiones y aspectos, etc. En el presente ejercicio, trataremos de examinar algunos de los criterios que determinan la identidad, intentando poner cierto orden en ellos.

Los criterios se presentan por pares, que recogen ideas que están relacionadas. Con cada pareja el estudiante tiene que escoger uno de los dos criterios como el que mejor representa su identidad y a continuación justificar su elección. Por tanto el estudiante examinará la relación que mantiene con los diferentes criterios, a pesar de que algunos de ellos puedan resultarle extraños.

Estudiante

Cuál de los dos elementos expresa mejor tu identidad:

¿Tu nombre o tu apellido?

¿Tu familia o tus amigos?

¿Tu cuerpo o tu mente?

¿Tus orígenes o tu nacionalidad?

¿Tu trabajo o tus aficiones?

¿Tu ropa o tu peinado?

¿Tu género o tu edad?

¿Tu fuerza o tu inteligencia?

¿Tu conocimiento o tus habilidades?

¿Tu pasado o tu futuro?

¿Tus sueños o tus pensamientos?

¿Tus amigos o tus enemigos?

¿Tu boca o tus ojos?

¿Tus ideas o tu carácter?

¿Tus acciones o tus palabras?

7. El erudito - Sabiduría

A - La historia

Un afamado profesor estaba celoso de la reputación de Nasrudín entre la gente del pueblo como hombre de gran sabiduría. Con el fin de desafiar al Maestro y demostrarles a todos que él era un hombre mucho más sabio, le hace llegar a Nasrudín, a través de un mensajero, una lista de cuarenta preguntas extremadamente difíciles que Nasrudín debía responder. Nasrudín recibe la lista de preguntas, las lee cuidadosamente una a una, y para cada una de ellas escribe como respuesta "No lo sé". Su mujer, Leyla, una mujer práctica, al observarle escribir lo mismo una y otra vez le dice a su marido: "Ya que no puedes responder a ninguna de ellas, ¿por qué no escribes una sola vez "no lo sé" para el cuestionario entero, en vez de repetir tantas veces lo mismo?" Al escuchar esta sugerencia, Nasrudín le replica; "¡Oh, mujer desagradecida! ¿No te das cuenta de que este hombre ha puesto todo su empeño en tratar de hacerme llegar todo su conocimiento? Por eso, lo menos que puedo hacer yo al responderle, por pura cortesía, es transmitirle a él toda mi ignorancia."

B - Análisis

Esta historia nos ofrece algunas intuiciones interesantes sobre la naturaleza del conocimiento y su función o naturaleza oculta. Recordemos que en la historia de la creación del hombre, tal y como se cuenta en la historia de Adán y Eva, el conocimiento jugó un papel fundamental, sencillamente porque esta facultad va unida a la esencia del ser humano: el hombre es un animal racional, tal y como dice el filósofo griego Aristóteles. Y la emergencia de cada individuo, su desarrollo, recapitula en ella misma la historia de la humanidad en su totalidad: el Homo Sapiens (el hombre que conoce). La historia sigue, con ligeras variaciones, con Adán y Eva comiendo la fruta del árbol del conocimiento, algo que tenían prohibido: lo único que les estaba permitido era comer del árbol de la vida. Comiendo de esa fruta, el diablo les dice que ellos serán tan poderosos como el mismísimo Dios puesto que ellos conocerán el secreto del bien y del mal. Evidentemente, el significado de este pasaje es que

de esa forma ellos tendrán acceso a la consciencia, a la conciencia moral y al conocimiento, y que no serán niños nunca más. Con todas las duras consecuencias que conlleva "crecer" como bien sabemos: trabajo, responsabilidad, etc.

Aquí vemos que el concepto de conocimiento está íntimamente relacionado con el concepto de poder y, como consecuencia, con los diferentes resultados aberrantes que el poder puede generar: orgullo, celos, miedo, competitividad, vanidad, obsesiones y mentiras. El problema con el conocimiento es que, en general, tiene connotaciones positivas, a diferencia del poder, que lleva asociada una imagen más ambigua. Todos los padres quieren que sus hijos adquieran conocimientos, por diferentes razones: para ser inteligentes, para tener una buena reputación social, para tener éxito en su vida social, para conseguir un buen empleo, etc. Y, por supuesto, como los niños están hechos a imagen y semejanza de sus padres, ellos condensan o prolongan su propia existencia finita: los padres quieren esa "imagen suplementaria" para sí mismos, para lograr a través de sus hijos lo que ellos no pudieron lograr mediante su propio esfuerzo. El conocimiento por tanto representa una motivación para vivir, nos permite lograr cosas y darle un sentido a nuestra existencia pero, al mismo tiempo, es una trampa para algunos de los más triviales y despiadados aspectos del comportamiento humano.

Observemos ahora al profesor de nuestra historia. Es famoso, pero su reputación no es suficiente para él: igual que un niño, quiere más porque otros tienen algo que él no posee; en este caso, fama. Lo quiere todo, nunca está satisfecho con lo que tiene, su estatus y su reputación no son suficientes, y todo esto le lleva a comportarse como un idiota. No le preocupa la verdad o compartir su conocimiento, ni disfrutar de lo que ya tiene; está obsesionado con su reputación, por su frágil, ansiosa y atormentada identidad: el "otro" es por tanto un enemigo y eso le hace querer demostrar que ese "otro" es un idiota, y así dar él buena imagen. Nasrudín, con su habitual ingenuidad, se toma la carta como una carta real, y sencillamente responde lo que piensa, en vez de pretender demostrar que sabe o comprende: él no tiene nada que demostrar. El lector debe darse cuenta de que esta no es la forma "normal" de

comportarse, especialmente para un hombre de conocimiento: se supone que nunca se debe decir "no lo sé" o "no comprendo". Se espera de nosotros que siempre escondamos nuestras limitaciones detrás de alguna clase de pomposa verborrea. Así que cuando Nasrudín "difunde su ignorancia" está transgrediendo las reglas de la Academia, a la vez que parodiándolas. Esto nos recuerda a Sócrates y a su "solo sé que no sé nada", con lo que él solía burlarse de los pretenciosos sofistas. La "difusión", la idea de mostrar, de presumir de su ignorancia, le añade al gesto una dimensión de absurdidad.

Su mujer, Leyla, no comprende qué es lo que está en juego detrás de todo este asunto: ella solo lo afronta desde un punto de vista práctico, "¿por qué repetir palabras inútilmente?" Esta observación refuerza la ironía contra el histriónico erudito. Porque ella es como casi todo el mundo: no ve que detrás de este problema sobre el conocimiento y la ignorancia se esconde una vez más el drama de la existencia humana, Ella no comprende al pobre profesor, su debilidad y su dolorida identidad, imagen espejada de su arrogante apariencia. Siendo práctica, ella entra en el juego, se mantiene en las apariencias, acepta al profesor tal y como se presenta, sin cuestionar el valor que representa.

La ceguera de Leyla es una ceguera real: lo único que ve es la apariencia. En cambio, la ceguera de Nasrudín se manifiesta en un nivel más profundo: él ve más allá de las apariencias y tiene capacidad para comprender y para ser compasivo. Ella ve la realidad objetiva, los hechos: el conocimiento y la ignorancia. Él ve el propósito, la realidad que se esconde detrás del conocimiento, la verdad de las acciones: la vanidad del conocimiento y la belleza de la ignorancia.

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Por qué un famoso profesor estaría celoso de Nasrudín?

¿Cuál es la motivación que hay detrás de la carta?

¿Por qué no puede responder Nasrudín ninguna de las preguntas?

¿Por qué critica Nasrudín a Leyla?

¿Cuál es la diferencia entre las formas de pensar de Nasrudín y Leyla?

¿Cuál es la diferencia de personalidad entre el profesor y Nasrudín?

¿Qué piensa Nasrudín del profesor?

Preguntas de reflexión

¿Por qué siente celos la gente?

¿Por qué a veces es difícil decir "no lo sé"?

¿Por qué es malo ser ignorante?

¿Es a veces bueno ser ignorante?

¿Por qué queremos difundir nuestro conocimiento?

¿Cómo puede ser el conocimiento un problema?

¿Por qué queremos obtener conocimiento?

D - Ejercicio

Profesor

Todos tenemos una jerarquía de valores, los cuales aplicamos en nuestra vida, para nosotros mismos o para la sociedad. En esta historia, el profesor prefiere el conocimiento y la fama, Nasrudín prefiere la sabiduría y la tranquilidad. Pero no siempre somos conscientes de nuestros propios valores, y por esa razón no los analizamos ni examinamos su verdadero valor. Y, a menudo, nos sorprendemos por las elecciones que hace la gente que nos rodea, por aquello que guía su existencia. Esto nos puede llevar a examinar qué valores y metas constituyen para nosotros, a nivel personal, una motivación valiosa y fundamental, aquello que representa nuestro objetivo principal en la vida.

En este ejercicio, el estudiante debe ordenar jerárquicamente la siguiente lista de valores y metas. Sería difícil justificar cada elección, por lo que solo pediremos argumentar dos o tres de las elecciones que se corresponden con las posiciones extremas: lo más interesante y lo menos interesante. Con el fin de preparar la discusión colectiva, podemos pedir a cada estudiante, en un segundo paso, criticar por escrito alguna de las elecciones hechas por alguno de sus compañeros.

Estudiante

Examina los siguientes valores, o metas vitales, y clasifícalos, de lo más valioso a lo menos valioso. Justifica tus tres primeras elecciones y las tres últimas.

Ser un campeón

Fama

Riqueza

Tranquilidad

Felicidad

Conocimiento

Tener hijos

Ser amado

Amar

Libertad

Poder

Escribir libros

Ser una estrella de cine

Sabiduría

Paz

No herir a nadie

Lograr lo que nos merecemos

Justicia

Luchar por una buena causa

Ser recordados tras la muerte

8. El predicador - Enseñar y aprender

A - La historia

En esta historia, Nasrudín es un imán que se encuentra de viaje. Durante su peregrinación, se para en un pequeño pueblo donde el imán local acaba de morir. Cuando se difunde la noticia de que es un predicador, un grupo de fieles locales le piden que dé el sermón del viernes, pero Nasrudín no quiere hacerlo; se siente cansado y perezoso así que rechaza la invitación. Pero la gente insiste con vehemencia. Están verdaderamente deseosos de escuchar la verdad de las buenas palabras, así que Nasrudín finalmente acepta, aunque de mala gana. Estando ya en el púlpito, Nasrudín pregunta: "Queridos hermanos, ¿sabéis de que os voy a hablar?", a lo que todo el mundo responde al unísono, como buenos musulmanes, "¡Sí!", a lo que Nasrudín responde: "Bien, entonces no tiene sentido que siga aquí" tras lo cual baja del púlpito y se marcha. La gente, frustrada por no haber escuchado la buena palabra, vuelve a ir en su busca una vez más, a pesar de la resistencia que muestra Nasrudín. Encontrándose ya en la mezquita, hace de nuevo la misma pregunta: "¿Sabéis de qué os voy a hablar?", y todo el mundo, recordando lo ocurrido la última vez, responde al unísono: "¡No!". A esto responde Nasrudín, con tono iracundo: "Entonces, ¿qué estoy haciendo aquí con esta panda de ignorantes e infieles paganos?" tras decir lo cual se marcha de allí, enfadado. Pero los fieles, incansables, aunque ya algo irritados, van de nuevo en su busca y, a pesar de las protestas de Nasrudín, le obligan a volver una tercera vez. Todo el mundo está ahora preparado para la terrible pregunta. "Bien, ¿sabéis de que os voy a hablar?" pregunta Nasrudín en tono dramático. Pero los fieles están confusos. "¡Sí!" grita la mitad de la audiencia, "¡No!" grita la otra mitad. Ante tal respuesta, Nasrudín concluye: "Bien, os propongo que aquellos que sí saben les expliquen todo a aquellos que no saben" tras lo que guarda una vez más silencio y se marcha.

B - Análisis

"El predicador" es una historia muy interesante que plantea la paradoja de la enseñanza desde la perspectiva socrática: pensar por uno mismo en vez de escuchar, memorizar y repetir. Sócrates era conocido por ser un profesor un tanto extraño: salía a pasear por la ciudad y hacía preguntas a los interlocutores con los que se cruzaba para que ellos pudiesen encontrar por sí mismos las respuestas. Continuaba después haciéndoles preguntas con el fin de que así sus interlocutores pudiesen examinar críticamente sus propias ideas. En ese proceso de cuestionamiento, por lo general, se encuentran fallos que obligan a la persona a ir más allá en su proceso de pensamiento, modificando o abandonando sus ideas iniciales. Como consecuencia de dicha práctica, los interlocutores se molestaban por dos clases de razones. En primer lugar, ellos tienen que encontrar las respuestas por sí mismos, lo que en sí mismo se considera algo agotador. En segundo lugar, se sentirán molestos por el hecho de que no pueden llegar a ninguna certeza o idea absoluta, absolutamente verdadera, sino que tienen que continuar con el proceso de pensamiento y admitir los errores de su propio pensamiento. Esa práctica, que para muchos puede resultar molesta y extenuante, Platón la consideraba una forma de sabiduría: el conocimiento de lo que sabemos y de lo que no sabemos implica la aceptación de los límites de nuestro conocimiento, los errores de nuestro propio pensamiento.

De la forma de enseñar socrática se puede afirmar que es una forma de enseñanza en la que el profesor puede enseñar únicamente lo que los estudiantes ya saben, lo que implica que, por ejemplo, no vale la pena enseñar a alguien ideas que no son ya algo familiar para esa persona, que le resultan significativas. Si esas ideas no le dicen nada, lo primero que tendrá que hacer es cambiar su actitud para encontrar algún eco de dichas ideas en su interior. Cuando sí le dicen algo, puede entonces enseñarse a sí mismo hasta el punto que ella esté dispuesta a trabajar sobre su propio proceso de pensamiento y su conocimiento previo. Por esta razón, los estudiantes realmente no necesitan un profesor, tal y como Nasrudín trata de mostrar cuando, por tres veces consecutivas, abandona la asamblea. Lo que él propone, sin decirlo

explícitamente, es que el grupo se enseñe a sí mismo a través de cierto tipo de interacciones reflexivas: un diálogo interno con múltiples voces. Por tanto, la forma en la que el grupo puede convertirse en "profesor" de sí mismo es a través del diálogo, de la discusión crítica, entendiendo por tal una clase de enseñanza mutua y cooperativa en la que cada estudiante es también profesor y donde cada profesor es también estudiante.

Partiendo de la perspectiva de Nasrudín, o Sócrates, el profesor "perezoso" o el profesor "tonto" o "ignorante" es por tanto un buen profesor: consigue que los estudiantes sean activos en su aprendizaje y les "fuerza" a movilizar su propio conocimiento y a ser creativos. Esto es lo sustancial de la mayéutica socrática: aprender a través del cuestionamiento y la búsqueda de respuestas, esto es, aprender a través del diálogo. Y, por supuesto, el buen profesor no les explica esto a sus estudiantes: espera de ellos que lo descubran y entiendan por ellos mismos, pues esto es parte del proceso. Actúa de ese modo porque confía en ellos, a pesar de que se comporta con ellos de una forma aparentemente "grosera" que podría "herir sus sentimientos". El buen profesor no trata de que sus estudiantes le quieran, no intenta "seducirlos" y ser popular, y tampoco debería preocuparle que se enfaden con él o que se queden en el nivel de las apariencias y le juzguen mal por su "pereza" o "ignorancia". Este es el riesgo a correr: confía en que el tiempo hará el trabajo, porque ninguna lección o discurso, ni siquiera las "mejores" y más pedagógicas explicaciones, garantizan una comprensión profunda del oyente: en cierto modo, cuanto más discurso haya por parte del profesor, menor será la comprensión y el crecimiento intelectual de los estudiantes. En esta perspectiva no se trata meramente de enseñar sino de educar.

Como cualquier profesor sabe por propia experiencia, muchos estudiantes actuarán como los fieles de la historia y esperarán de la "autoridad" la palabra correcta o adecuada, si no la verdad en sí misma, especialmente cuando tengan dificultades que deseen resolver o, simplemente, porque quieran quedarse maravillados por un "bello discurso". Y cuando ellos hagan preguntas, si el profesor les invita a contestar por sí mismos, se sentirán muy tristes porque no lograrán lo que quieren, sin comprender que "el poseedor del

conocimiento" no cumpla con lo que ellos consideran su obligación "normal": proporcionar información y explicaciones. Pero el auténtico trabajo aquí del profesor es enseñar a los estudiantes a confiar en sí mismos, no ofreciéndoles conocimiento ya elaborado, lo que prolongaría una relación pueril con la autoridad, sino planteándoles problemas y paradojas que permitan a los estudiantes llegar a ser conscientes por sí mismos de su propia dependencia, del pueril estado de minoría que ellos mismos imponen a su ser. Esta situación es incluso más grave cuando alguien busca consuelo "maternal" o que le reconforten, pidiendo una suave caricia que les haga sentirse mejor o menos inseguros: para ellos, tal comportamiento del profesor es realmente intolerable, les hará sentirse rechazados y, en cierta medida, estarán en lo cierto, ya que se estarán frustrando sus expectativas. La práctica de Nasrudín es implacable, inmisericorde, se caracteriza por una ausencia total de piedad que, sin embargo, podría tener su propia legitimidad: puede que haga enfadar a algunos pero, a la larga, podría hacer que todos piensen de forma más profunda.

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Por qué la gente quiere tan desesperadamente que Nasrudín les hable?

¿Por qué Nasrudín le pregunta a la gente si saben de qué les va a hablar?

¿Por qué la gente contesta "sí" a su pregunta?

¿Por qué la gente contesta "no" a su pregunta?

¿Por qué se comporta Nasrudín de esa forma?

¿Aprendió la gente algo con Nasrudín?

¿Es Nasrudín irrespetuoso con los creyentes?

Preguntas de reflexión

¿Es mejor aprender por uno mismo o de otro?

¿Por qué nos gusta escuchar lo que ya sabemos?

¿Por qué hacemos preguntas cuando ya sabemos la respuesta?

¿Debemos siempre contestar a las preguntas que se nos plantean?

¿Necesita la fe de confirmación?

¿Queremos siempre saber la verdad?

¿Procede la verdad exclusivamente de ciertas personas?

D - Ejercicio: Creencia

Profesor

La gente quiere que Nasrudín les enseñe, pero Nasrudín quiere que la gente se enseñe a sí misma, que piensen por sí mismos a partir de lo que ya saben, lo que puede denominarse 'pensamiento crítico'. Pero no es siempre fácil saber qué pensar o qué creer. Hay muchas razones para creer y muchas también para no creer, dependiendo de lo que se dice, al igual que de quién es el que lo dice.

En el siguiente ejercicio invitamos a los estudiantes a determinar si deberían creer lo que le dicen diferentes "autoridades". Se da una lista de enunciados y, para cada uno de ellos, se debe responder si debería creer en lo que se dice o no y por qué.

Estudiante

¿Deberías creer...

... a tu padre que te dice que el perro habla con él?

... a tu abuelo que te dice que tu equipo favorito va a ganar seguro el próximo partido?

... a tu madre que te dice que la música que te gusta es fea?

... a tu abuela que te dice que lo que comes no es bueno para la salud?

... a tu hermano que te dice que el profesor que tienes no sabe enseñar?

... al científico que te dice que hay elefantes que viven en la luna?

... al profesor que te dice que no hay clase el próximo día de entre semana?

... a tu amigo que te dice que eres el mejor de todos los amigos?

... a tu tía que te dice que ella es demasiado mayor para cambiar?

- ... a un extraño que te dice que te llevará al zoo?*
- ... a un niño que te dice que cuando crezca será el presidente del Gobierno?*
- ... a un niño que te dice que cuando sea mayor tendrá tres hijos?*
- ... al horóscopo que te dice lo que te ocurrirá mañana?*
- ... el pronóstico meteorológico que te dice el tiempo que hará mañana?*
- ... a un niño que te dice que no sabe leer la hora cuando te dice qué hora es?*
- ... a un adulto que te dice que Santa Claus existe?*
- ... a un vendedor que te dice lo que deberías comprar en su tienda?*
- ... a alguien que pretende saber lo que piensas?*
- ... a tu padre que te acusa de ser maleducado?*

9. La llave - Buscar y encontrar

A - La historia

Es noche cerrada. Nasrudín y su vecino vuelven a casa después de un banquete. Mientras trata de abrir su puerta, a Nasrudín se le cae la llave en la acera. Al oírla caer, su amigo va a ayudarlo a encontrar la llave. Pero Nasrudín le deja solo en la oscuridad y comienza a buscar en mitad de la calle, donde brilla la bonita luz de la luna. Su vecino, sorprendido, le pregunta: "¿Por qué buscar tu llave allí si la has perdido aquí, en la acera?" a lo que Nasrudín responde: "¡Tú haz lo que quieras!, yo prefiero buscar donde hay luz".

B - Análisis

Esta historia es muy famosa en varias formas, en diferentes ámbitos. A veces ha perdido parte de su fuerza y significado al desdibujarse el contexto, por ejemplo, cuando se transmite como la historia de un hombre borracho, lo que implica, de alguna forma, que sus ideas en ese momento carecen de sentido. Por el contrario, el hecho de que el protagonista sea Nasrudín, conocido por ser sabio a pesar de su apariencia de necio, es lo que invita al oyente a no quedarse en reír sus tonterías sino también a buscar un significado más profundo, un significado detrás de las apariencias. Este es el principio general de la historia de Nasrudín: una forma paradójica de lógica, una lógica más allá de la lógica, una sabiduría que nos invita a mirar de forma crítica las formas habituales de sabiduría para ir más allá de las opiniones establecidas y el comportamiento cotidiano.

Y, de hecho, esta historia es importante por la riqueza de significados que posee, puesto que los símbolos de los que trata -luz y oscuridad, candado y llave, buscar y encontrar, abrir y cerrar- se refieren directamente a la cuestión de la verdad y el camino hacia la verdad. A menudo, cuando alguien tiene una necesidad y está buscando algo, la persona prefiere buscar donde ella piensa *a priori* que está el objeto deseado, en vez de allí donde tendría más posibilidades de encontrarla. Pensamos que sabemos, y esta es la razón por la

que no somos capaces de encontrar lo que queremos. Pensamos que sabemos lo que necesitamos, que sabemos qué estamos buscando, pensamos que sabemos dónde podemos encontrarlo, que sabemos cómo buscarlo. Cuando finalmente lo encontramos, quedamos sorprendidos: teníamos una idea preconcebida. Observamos esto a menudo en nuestra vida, en diferentes situaciones y contextos: enfrentados a un problema que no podemos solucionar, nos sentimos desesperados hasta que nos damos cuenta de que la solución siempre estuvo ante nuestros ojos pero no podíamos verla. Al descubrir esta evidencia, nos decimos a nosotros mismos: "¡Cómo he podido ser tan estúpido!"

Pero la paradoja sería demasiado sencilla si la historia no pudiese entenderse también exactamente de manera opuesta. Puesto que podemos también afirmar que la mayoría de las personas, igual que Nasrudín, buscan lo que buscan en el lugar y en la forma que les resulta más cómodo: buscan la verdad donde preferirían que estuviese, a pesar de que no tengan ninguna posibilidad de encontrarla en ese lugar. Parece más fácil buscar la verdad allí donde estamos cómodos que en un lugar en el que no lo estamos. Por tanto, cuando Nasrudín va allí donde las cosas se ven mejor él está tomando la opción fácil, puesto que él ve mejor en el lugar iluminado por la luna, a pesar de que perdió su llave en la parte oscura. Dependiendo de la interpretación, o bien Nasrudín se está comportando de la manera correcta -aunque aparentemente estúpida- o bien su comportamiento es directamente una forma estúpida de proceder. Quizá en esta incertidumbre reside el quid de la cuestión: la verdad puede que necesariamente sea de naturaleza paradójica, puesto que no podemos afirmar con certeza qué es sabio y qué es estúpido. Nunca sabemos qué está iluminado y qué está en la oscuridad puesto que ambas características son igualmente cegadoras.

El principal problema de que nuestras decisiones se acomoden en dicha ignorancia es que la incertidumbre es una de las situaciones más insoportables para la mente humana. Queremos saber las cosas con certeza, "estar seguros". Se nos ocurren muchas ideas, opuestas unas a otras, y como eso nos hace sentir inseguros, afirmamos no saber, o incluso que no podemos

saber, lo que nos sumerge en una incertidumbre que fácilmente nos lleva a la desesperanza. Pero, a veces, puede que prefiramos refugiarnos en la certidumbre de esa ignorancia, dejando de lado el profundo sentido de impotencia y el resentimiento que conllevan, la arriesgada incertidumbre que conlleva tomar una decisión, la angustia de esa indeterminación. Otras veces, con el fin de evitar este problema, la mayoría de nosotros se aferra a ciertas ideas o principios, que repetiremos para siempre como un cautivador mantra, de manera que siempre que se nos plantee mirar a otra parte, enfrentarnos a ideas diferentes, nos resistiremos enérgicamente a renunciar a aquellas que consideramos "nuestras ideas", igual que un caracol tan unido a su refugio que se encogerá dentro de su concha siempre que algo extraño o nuevo parezca estar amenazándolo.

Por tanto, si entendemos bien a Nasrudín, nuestra principal tarea es invitarnos a nosotros mismos o a nuestros interlocutores a pensar con osadía y audacia, a tener pensamientos que sean atrevidos y audaces por el simple hecho de que no estamos acostumbrados a pensarlos: nos parecen incómodos y extraños. Podemos llamar a esto "pensar lo impensable". Y una vez que estos pensamientos surgen, el problema está en escucharlos, en aceptarlos e incluso disfrutar con ellos; hacerlo al menos por un instante. Porque, incluso si esta clase de pensamientos surgen por sí mismos, nuestra mente trata de escabullirse de ellos o tomárselos a broma, cualquier cosa con tal de evitar esas ideas y poder rechazarlas, porque nuestros propios pensamientos impredecibles, como si fuesen unos hijos no deseados, nos hacen sentir incómodos. Eso es por lo que el filósofo alemán Immanuel Kant nos dice *Sapere aude* ("Atrévete a saber").

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Por qué Alí se queda atónito al ver lo que hace Nasrudín?

¿Cuál es la lógica de Nasrudín?

¿Quién está en lo cierto, Alí o Nasrudín?

¿Quién parece más normal, Alí o Nasrudín?

¿Sabe Nasrudín algo que Alí no sabe?

¿Qué representa la llave?

¿Hay diferentes formas de entender esta historia?

Preguntas de reflexión

¿Debemos saber qué estamos buscando para poder encontrarlo?

¿Deberíamos buscar las cosas solo allí donde pensamos que están?

¿Es necesario buscar las cosas para encontrarlas?

¿Queremos controlar todo lo que hacemos?

¿Puede la estupidez ser a veces el comportamiento más sabio?

¿Por qué a menudo queremos actuar como todo el mundo?

¿Por qué es difícil cambiar nuestra propia manera de pensar?

D - Ejercicio: Significado y absurdo

Profesor

Nasrudín se comporta de forma extraña, aparentemente absurda, pero quizá esta extraña forma tiene sentido, tiene un significado más profundo. Pero, para comprenderlo, uno tiene que cambiar su forma habitual de pensar, si uno no es demasiado rígido. Esto pasa habitualmente: escuchamos o leemos algo que parece no tener sentido, lo rechazamos y, en un segundo momento, nos damos cuenta de que tenía más sentido de lo que pensábamos; encontramos la conexión perdida, vamos más allá de las apariencias, y descubrimos las circunstancias que le dan sentido al aparente absurdo. Como ocurre con cualquier otra actividad, la mente tiene que entrenarse en esta clase de práctica.

En este ejercicio, se ofrecen diversas oraciones que dan razones para explicar el hecho de que "Yo salí".

Primero, el estudiante debe distinguir las oraciones que parecen tener sentido de aquellas que parecen ser absurdas. Debe explicar por qué tienen sentido o por qué son absurdas. Llegados a ese punto, el estudiante tendrá que añadir algo a las oraciones "absurdas" para hacer de ellas enunciados con sentido. Los añadidos deben ser plausibles en relación con el enunciado inicial y no afirmar lo contrario de lo que en ellos se decía.

Estudiante

Primero, determina cuáles de estas oraciones tienen sentido, cuáles son absurdas y en ambos casos explica el porqué. Segundo, crea un contexto en el que las oraciones absurdas podrían llegar a tener sentido.

Yo salí porque era la hora.

Yo salí porque estoy fuera.

Yo salí porque estaba dentro.

Yo salí porque era lunes.

Yo salí porque el zorro es un mamífero.

Yo salí porque los marcianos estaban llegando.

Yo salí porque mi madre llegó.

Yo salí porque no quería.

Yo salí porque salí.

Yo salí porque era mi destino.

Yo salí porque mi amigo vino.

Yo salí porque la televisión estaba encendida.

Yo salí porque tenía que hacerlo.

Yo salí porque el profesor no quería que saliese.

Yo salí porque quise.

Yo salí porque es suficiente.

10. Las dos esposas - Elegir y reconocimiento

A - La historia

Nasrudín tiene dos mujeres: Leyla, su esposa de más edad y Ceren, su joven pariente. Las dos mujeres discuten a menudo sobre a cual de las dos quiere más su marido. Frecuentemente le preguntan que a cuál de ellas prefiere pero Nasrudín, que es bastante cobarde y al que le gusta mantener la paz en casa, no quiere arriesgarse a opinar en una cuestión tan peliaguda por lo que, con cautela, prefiere evitar responder a sus preguntas, afirmando, únicamente, que las ama a las dos por igual. Pero un día las dos mujeres le acorralan mientras él está tranquilamente sentado en su sillón favorito y le hacen la siguiente pregunta: "Imagina que vamos los tres en una barca y que tus dos esposas caen al agua, ¿a cuál de ellas ayudarías primero?" Nasrudín duda antes de contestar pero responde "Bueno, Leyla, pienso que a tu edad ya deberías saber nadar, al menos un poco".

B - Análisis

Una vez más, esta historia capta varios temas diferentes. En apariencia, Nasrudín es un cobarde que miente con el fin de evitarse problemas porque, al final de la historia, "descubrimos" que en realidad él prefiere a su esposa más joven. Por tanto, sin admitirlo explícitamente, él ya ha escogido. Esta pretendida indiferencia es una actitud muy común: muchos de nosotros, cuando se nos pide tomar partido por una de varias alternativas, responde usando la siguiente clase de palabras: "Me es indiferente", "me gustan por igual", "ambas están bien", "no importa cual", etc. Sin embargo, el filósofo alemán Leibniz afirmaba que esto es imposible, planteando la idea siguiente: "En lo relativo al ser, no existe la neutralidad". Podremos ser ignorantes respecto a nuestras inclinaciones, a nuestras tendencias, a nuestra asimetría, pero no podemos estar exactamente en el centro o ser totalmente indiferentes: no podemos evitar ponernos de un lado o del otro o, al menos, tener cierta tendencia hacia un lado más que hacia el otro. El problema es, entonces, determinar si este despliegue de indiferencia es verdadera

ignorancia o es una ignorancia fingida. Pero la línea divisoria entre saber y no saber, entre no querer saber y no ser capaz de saber, es a veces difícil de establecer. Leibniz explica esto refiriéndose al hecho de que tantas percepciones y emociones llenan nuestra consciencia cada minuto, lo que él llama un "enjambre", que resulta difícil saber cuál será el resultado. En la tradición de Freud, a lo que estamos tratando de hacer referencia es al inconsciente, el cual resulta algo más bien inaccesible y autónomo. Por su parte, el filósofo francés Jean-Paul Sartre llamaba a esto "mala fe": podemos conocer incluso lo que está operando en el interior de nuestra mente -el inconsciente es solo el trasfondo de la consciencia-, y si no podemos descubrir por nosotros mismos lo que pensamos, podemos asumir que nuestro entorno, amigos o familiares, vecinos o colegas, nos harán saber de una forma u otra cómo somos, nos harán conscientes de nosotros mismos. Y, por supuesto, en el caso de Nasrudín, podemos imaginar por qué prefiere no decir y probablemente no saber; exactamente igual que él, nosotros a menudo preferimos declararnos indiferentes antes que admitir nuestra subjetividad.

Generalmente no nos gusta revelar cómo somos, bien sea porque de esa forma quedarán al descubierto nuestras flaquezas, bien porque con ello cederíamos el control sobre nuestro ser a la gente que nos rodea. Y, a menudo, la mala fe se muestra en el momento en el que es obvio que hemos tomado una decisión pero, sin embargo, afirmamos ser neutrales: un comportamiento muy habitual. Por ejemplo, cuando escondemos una crítica o un rechazo detrás de una observación "objetiva", igual que hace Nasrudín en la historia, cuando hace el comentario sobre la capacidad para nadar de su esposa más mayor.

Otra razón por la que preferimos no admitir nuestras preferencias es que es una forma de evitar tomar decisiones: afirmando cierta neutralidad, podemos aparentar que aceptamos todas las opciones al mismo tiempo: podemos pretender la legitimidad de que todas las posibilidades se den a la vez.

Escoger está lleno de consecuencias, y cualquier elección implica la finitud del ser: pone de manifiesto los límites de nuestro ser, la reducción de nuestro poder, puesto que al escoger necesariamente tenemos que abandonar parte de nuestras opciones. Por tanto, Nasrudín es de nuevo muy humano al afirmar

que él no tiene ninguna preferencia. Al mismo tiempo, el tema que surge de forma paralela es el reconocimiento puesto que, si bien por un lado está el hecho de que no nos gusta escoger, al menos no hacerlo de forma consciente, por el otro lado no solo es que nos gusta ser escogidos, sino que querríamos a toda costa ser los elegidos, de una forma u otra. Al igual que las dos mujeres de la historia, estamos siempre compitiendo para ser los elegidos: en el amor, en la riqueza, en la gloria, etc. Ser "el elegido" es ser alguien especial, es algo que hace de nuestro ser algo importante y que le da significado a nuestra vida.

De otro modo seríamos parte indistinguible de la masa, uno más del común de los mortales, sintiendo la mayor soledad a causa de la falta de reconocimiento, una perspectiva que resultaría equivalente a una muerte simbólica. Ser amado, o sus equivalentes, ser el primero o ser el único, continúa por tanto siendo un asunto existencial fundamental. Porque aunque Nasrudín actúa como un cobarde al no contestar, como un mentiroso por no admitir su elección, como un "macho" por no tomar en consideración la sensibilidad de sus esposas y como un bestia por responder de la forma que lo hace, en realidad él está tratando con profundidad el problema en cuestión mediante el recurso que utiliza para resolver el problema que se le ha planteado: el recurso a la autonomía - a saber nadar. Además, siendo "mayor", Leyla debería saber hacer algo mejor que esperar o buscar el reconocimiento externo; pues al comportarse de esa forma estaría cayendo en alguna forma de dependencia psicológica o existencial. Ella debería estar menos preocupada por la opinión que otros tengan de ella, ser capaz de tomar distancia respecto a la percepción de su ser, estar menos implicada en comparaciones y competiciones, y afrontar la realidad de una forma más autónoma. De acuerdo con la historia, ella quedará defraudada y pagará caro por haberse embarcado en esta clase de empeño y por haberse dejado llevar por la curiosidad que lo acompaña.

El último punto interesante de la historia es la naturaleza de la elección hecha por Nasrudín. Por supuesto, sin admitirlo explícitamente pero aun así de forma bastante descarada, Nasrudín está escogiendo a la "más nueva". De hecho, esta es una elección clásica: al igual que tienden a hacer los niños, a menudo pensamos que lo más nuevo es lo mejor. El poder de atracción de lo "viejo" se

desgasta con el paso del tiempo. Con esto no queremos decir que no haya también razones banales para escoger lo "viejo", como si lo escogemos porque estamos acostumbrados a ello, o por costumbre o familiaridad pero, a menudo, cuando pasa a ser algo deseado, aunque sea por un corto periodo de tiempo, es fácil que seamos "seducidos" por el atractivo de lo "nuevo": por la distracción que ofrece frente a lo "normal", por el placer de ser algo "exótico", por la curiosidad que provoca lo que sigue siendo algo "desconocido", por la "frescura" de la "juventud", por el placer de la sorpresa, etc. En cierto modo, la fascinación con los bebés, sean humanos o animales, es de la misma clase. Pero, desde luego, la atracción por lo nuevo puede criticarse por ser algo efímero, puesto que la "novedad" nunca es, lógicamente, una cualidad duradera: o genera aburrimiento o tiende de forma natural a ser reemplazado por algún objeto "más nuevo". Si la razón para sentirse atraído por algo es únicamente su "novedad" está destinado a desaparecer, más o menos, rápidamente.

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Por qué se pelean Leyla y Ceren?

¿Por qué Nasrudín intenta evitar responder a las dos mujeres?

¿Qué es lo que Leyla quiere obtener?

¿Realmente responde Nasrudín al final o no lo hace?

¿Debería sentirse contenta Leyla con la respuesta de Nasrudín?

¿Cuál es el criterio que usa Nasrudín en su comentario final?

¿Es Nasrudín un buen marido?

¿Quedan las dos mujeres satisfechas?

Preguntas de reflexión

¿Por qué es a menudo tan difícil escoger?

¿Podemos amar a dos personas por igual?

¿Hay diferentes formas de amor?

¿Preferimos amar o ser amados?

¿Por qué nos ponemos celosos?

¿Es racional el amor?

¿El amor genera felicidad o infelicidad?

¿Debería estar prohibida la poligamia?

D - Ejercicio

Profesor

Podemos ver en esta historia que Nasrudín y sus dos esposas no tienen la misma concepción del amor. El amor es un concepto complejo y polisémico, además de haber muchas formas de amar. Lo usamos en relación a objetos y actividades de la misma forma que con personas. La palabra 'amor' puede referirse a realidades extremadamente diferentes. Trabajaremos estas diferencias mediante una lista que propondrá al estudiante diferentes elementos, seres y objetos con los que usamos la palabra 'amor', concepto que será de esa forma analizado.

Cada estudiante tendrá que encontrar dos elementos, concretos o abstractos, con el fin de especificar y explicar alguno de los diferentes significados del término 'amor'. Será útil distinguir las dos formas que podrán usar los estudiantes en sus explicaciones: ejemplos concretos o ideas abstractas. Durante la discusión final, se podrán reagrupar los argumentos de naturaleza similar con el fin de clarificar el tema. Y si algún estudiante decide "no amar" algo, deberá especificar de alguna forma el significado de la palabra 'amor' en ese caso específico.

Estudiante

¿Cómo es tu amor hacia...

Tus padres

Tu mejor amigo

Tu hermano

Tu vecino

Tu profesor

Tus abuelos

Tu mascota

El chocolate

Una película

Los seres humanos

El deporte

Ti mismo

Tu imagen

Tu nombre

Tus ideas

Comer

Jugar

Tu asignatura favorita

Tu país

11. El turbante - Responsabilidad

A - La historia

Estando Nasrudín de viaje decide parar en una posada al caer la noche. "Solo queda una habitación con dos camas, una de las cuales ya está ocupada" le explica el posadero. "No hay problema" dice nuestro héroe. "Únicamente necesito que me despertéis al amanecer, pues tengo que salir temprano. Y no os equivoquéis, iyo soy el que lleva puesto el turbante!" añade Nasrudín mientras se quita la prenda que cubre su cabeza y la pone en la silla que se encuentra al lado de su cama.

Al amanecer, una vez le han despertado, sale volando de la posada y se va en su burro. Siendo ya mediodía, al ver una fuente, le entran ganas de saciar su sed. Mientras se está agachando para beber, se ve reflejado en el agua y se da cuenta de que lleva la cabeza descubierta. "¡Qué imbécil, el posadero!" exclama Nasrudín irritado, "¡Le dije claramente: despierta al que lleva puesto el turbante, y ha despertado a la persona equivocada!"

B - Análisis

"Yo estoy bien, es el mundo el que está equivocado" o "la culpa ha sido de ellos" es un tema recurrente en el *corpus* de Nasrudín, que arroja luz sobre uno de los típicos hábitos mentales del ser humano; especialmente, cuando esto tiene lugar en el contexto de una intensa actividad, cuando esos pequeños seres ocupados que somos no tienen tiempo para pensar, no se toman ningún tiempo para pensar. El "otro" es la salida fácil, como se puede observar con los niños pequeños cuando dicen su famoso "Él me ha obligado a hacerlo", una forma instintiva de autodefensa. Otra forma, más sutil y muy clásica, es el síndrome de Cassandra o estilo profético: "Se lo dije y no me escucharon". Una vez más, la forma del "argumento" o su "lógica" interna, sesgada, desbaratada y extremadamente subjetiva es, sin embargo, relativamente coherente.

Después de todo, Nasrudín le dijo al posadero que despertase al hombre con el turbante y este no le prestó atención: despertó a un hombre con la cabeza descubierta... realmente no se puede confiar en nadie.

Desde luego, nos reímos al escuchar la conclusión de la historia: Nasrudín es idiota, su reacción es tan exagerada que la mayoría de nosotros no se identifica con su comportamiento: no parece ser como nosotros, pues nosotros nunca hemos mostrado o presenciado una forma de pensar tan disparatada. Esto se debe a que olvidamos demasiado fácilmente, si es que no conectamos con el comportamiento exagerado que es descrito en la historia. Pero cuantos de nosotros racionalizamos de formas muy extrañas con el fin de no sentirnos culpables, o de no sentirnos estúpidos, o para dejar que nuestra ira recaiga en otra persona u otra cosa en vez de sobre nosotros mismos. Los otros son muy útiles: nos permiten desviar y eludir la autocrítica, incluso las circunstancias constituyen una forma bastante popular y eficiente de defendernos a nosotros mismos de cualquier responsabilidad. La descripción minuciosa de los procesos y el entorno de aquellos eventos que nos conciernen directamente pueden parecer constituir un contexto ineludible que bien podría dar cuenta de cualquiera de nuestras acciones, despojándonos de forma bastante oportuna de tener que admitir haber hecho algo mal.

Este tipo de funcionamiento puede resultar en algunas ocasiones extremo, y sorprendente si le prestamos atención. Hasta el punto de que algunas personas, llenas de rabia y resentimiento, están preparadas para denunciar públicamente que existe alguna clase de conspiración contra ellos, sea por parte de sus familiares, sus colegas, o incluso la totalidad del mundo, una malvada coalición que, sin duda, está yendo contra ellos de forma totalmente injusta: "¡No he sido yo!", "¡Todos están contra mí!", "¿Por qué siempre me toca a mí?". En ello interviene el principio de victimización: siendo una víctima nos aseguramos estar siempre del lado de lo correcto; dicha posición nos proporciona una explicación para todo. Nos sentimos importantes pues: ¡estamos en el centro de una enorme conspiración! No hay que olvidar el hecho de que estar en peligro nos hace ser muy importantes, especialmente cuando estamos convencidos de que nadie nos entiende, que nadie puede comprendernos.

¿Qué está aquí en juego, además de la cuestión de evitar asumir la responsabilidad personal y tomarse el tiempo y la libertad de pensar? Una vez

más estamos frente al problema de la universalidad, de la objetividad, de la razón, de la realidad. La tendencia de cada uno de nosotros es producir un discurso que encaja con nosotros, que nos hace sentir cómodos. Este es nuestro discurso habitual, ni siquiera tenemos que pensar en él sino que surge de forma natural, como un mecanismo de defensa, como algún tipo de impulso de nuestro ego para sobrevivir y protegerse a sí mismo: estamos preparados para pensar y decir simplemente cualquier cosa con el fin de racionalizar nuestro pequeño yo y la imagen que este proyecta, todo ello con vistas a mantener limpia nuestra conciencia. Y si alguien se atreve a intentar interrumpirlo o contradecirlo, o bien afirmaremos que su propio discurso carece de sentido, o simplemente le remitiremos a su propia subjetividad, que no es más legítima que la nuestra: es solo su opinión, la suya contra la nuestra.

La intuición o ayuda que nos ofrece Nasrudín aquí es la comprensión del vacío o la discrepancia entre cualquier "razón particular" o "razón subjetiva" y el ámbito más amplio de la razón, el sentido común o la razón universal, aquello de lo que Descartes afirmaba ser "la cosa más ampliamente compartida en el mundo": la capacidad de pensar de forma coherente, un don que todos los seres humanos comparten como condición para entenderse los unos a los otros. A menudo, cuando pensamos, solo nos referimos a alguna racionalidad "casera", a una clase de arquitectura mental privada que nosotros habitamos, en la que podemos considerar que somos como prisioneros ciegos. Por tanto, pensar de forma rigurosa implica salirnos momentáneamente de nosotros mismos, convertirnos en alguna otra clase de yo no-personal, capaz de pensar de forma diferente, pensar de forma más universal. O, al menos, imaginar otra forma de pensar, diferente u opuesta a nuestra manera inicial, un cambio mental que implica tomar cierta distancia respecto a nuestra subjetividad habitual: pensar desde la perspectiva de otro. Simplemente como si contemplásemos una discusión con un vecino, con el hombre de la calle, con un grupo de personas. En ese punto, se puede esperar que, razonando de esa manera, podremos vislumbrar la arbitrariedad o la estupidez de nuestra propia trayectoria, podremos llegar a ser conscientes de las limitaciones y los sesgos de nuestra propia forma de pensar. Y si por alguna razón, que le puede parecer legítima o no al sujeto, uno quiere mantener su propia posición, lo hará de

forma más consciente, que es el punto central del razonamiento adecuado. Platón decía que pensar es entrar en diálogo con uno mismo, lo que implica que se toman dos posturas diferentes: en general, esto puede aludir a nuestro pensamiento subjetivo y a nuestro pensamiento universal, o a nuestro deseo y a nuestro razonar. El requisito aquí es, por lo tanto, duplicar nuestro ser, tal y como Hegel invitaba a hacer, como una condición de la consciencia: para pensar tenemos que vernos a nosotros mismos pensando. La mente tiene que convertirse en objeto para sí misma, sobre el cual poder actuar. Tiene que atreverse a verse a sí misma pensando, en especial, cuando se deja llevar por todas esas pequeñas racionalizaciones que ella sabe bien como urdir para sentirse más cómoda. Y el papel de filosofar aquí no es más que crear las condiciones para que podamos ver nuestra propia estupidez. "Tomar conciencia de nuestra propia absurdez", escribió Albert Camus.

C - Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Confía Nasrudín en sí mismo?

¿Confía Nasrudín en los demás?

¿Por qué Nasrudín llama imbécil al posadero?

¿Es Nasrudín justo?

¿Cuál es el problema principal de Nasrudín?

¿Por qué necesita Nasrudín de una imagen para ver el problema?

¿Qué error lógico comete Nasrudín?

Preguntas para reflexionar

¿Por qué desconfiamos de nosotros mismos?

¿Por qué desconfiamos de otros?

¿Por qué acusamos a otros equivocadamente?

¿Cuáles son las razones por las que cometemos errores?

¿Es difícil reconocer los propios errores?

¿Por qué queremos ver nuestra propia imagen?

¿Nos gusta ver nuestra propia imagen?

D - Ejercicio: Responsabilidad

Profesor

En esta historia observamos que Nasrudín acusa a otros equivocadamente de haber hecho algo que no debían cuando el problema viene de sí mismo. Este es un comportamiento habitual, pero también hay veces en las que es bastante difícil determinar si somos responsables o no de un problema porque hay diferentes personas involucradas en ello. De algún modo, siempre somos tanto responsables como no responsables de lo que nos ocurre. Podemos usar las circunstancias, la ética, la psicología, la compasión o la pena para comprender y determinar la realidad de nuestros actos. Y, cuando examinamos atentamente los hechos, a menudo nos sentimos divididos en la decisión final sobre de quién es la responsabilidad. Con el fin de facilitar esta tarea, es importante aprender a distinguir o separar los diferentes criterios que se pueden usar para así clarificarlos.

A continuación se presentarán diferentes situaciones de la vida cotidiana. El estudiante debe analizarlas con el fin de determinar la parte de la responsabilidad que le corresponde al sujeto. En cada caso será necesario describir de qué forma la persona es responsable y de qué forma no lo es, y decidir en última instancia si ella es responsable o no.

Estudiante

En las siguientes situaciones, ¿soy responsable de lo que hago?

Grité porque me hizo daño

Me enfadé porque ella insultó a mis padres

No comí porque no hubo tiempo

No hice el trabajo porque nadie me dijo nada

No le ayudé porque no me lo pidió

Me fui porque nadie me habló

Me quedé porque me lo dijeron

Tuve malas notas en la escuela porque nadie me ayudó

Tuve malas notas porque no soy bueno en la escuela

Tuve malas notas porque no me gusta la escuela

Tuve malas notas porque tuve malas compañías

Me perdí porque me dieron mal la dirección

No entendí porque no oí nada

No dije nada porque estaba asustado

Me reí porque mi vecino hizo una broma

Me reí porque otros se rieron

12. La calabaza - Razonamiento y certeza

A - La historia

Mientras daba un paseo, tal y como solía hacer, Nasrudín observaba los alrededores y meditaba. Por el camino pasó por delante de un campo en el que vio muchas calabazas, grandes y maduras. De inmediato, se dijo a sí mismo lo raro que era que una fruta tan grande creciese de una planta tan pequeña. Un poco más tarde, Nasrudín vio un nogal, y se dijo a sí mismo lo extraño que era que un fruto tan pequeño crezca de un árbol tan grande, "un verdadero desperdicio", añadió para sí mismo. Después de hacer estas apreciaciones, Nasrudín concluyó que el mundo estaba mal hecho, y que había un gran margen para mejorarlo. Entonces, cansado de su paseo y del duro esfuerzo dedicado a reflexionar, decidió tomar un descanso bajo un nogal. Mientras dormía, una nuez cayó sobre su cabeza y se despertó abruptamente. Cuando comprendió lo que había ocurrido, tomó una nuez, la miró, y exclamó para sí en voz alta: "¡Gracias, Dios, por no escucharme cuando creaste las cosas!, me imagino qué hubiese ocurrido si del árbol hubiese caído una calabaza".

B - Análisis

Orgullosa como está de su capacidad de raciocinio, el ser humano piensa que está dotado de conocimiento y afirma que puede razonar. Por todo lo que sabe, y orgullosa de sus certezas, el ser humano no duda en juzgar y establecer las reglas. Sin embargo, ahora, una vez más, cuando se dispone a hacerlo, se da cuenta de lo ingenuo o incluso estúpido y loco que es. Lo que tomaba por ser un pensamiento profundo o sensato no eran más que fanfarronerías y nimiedades. Debido a que hay muchas razones por las que nuestras más salvajes quejas no pueden concebir plenamente la realidad, mucho menos podríamos agotarlas. Sin embargo, en muchas tradiciones hay dos libros que nos enseñan lo que hay que saber y cómo hay que pensar, dos libros que son el origen de todo lo que sabemos, las dos fuentes que enseñan lo real a los hombres.

Uno es el libro del mundo, aquello que podemos observar, el otro es el libro de Dios o revelación, la verdad salida de los labios de los profetas o los hombres movidos por la inspiración. Por un lado, la naturaleza nos permite ver y comprender la realidad de todas las cosas existentes. Por otro lado, el libro sagrado, las palabras de los profetas, o las intuiciones de los sabios, nos dicen que existe una realidad más allá de la realidad inmediata que nos rodea: hay principios, causas, un origen, lo que constituyen verdades inexorables que sitúan nuestro conocimiento y nuestro ser en perspectiva. En la historia de Nasrudín, como en muchos mensajes religiosos, la lógica humana choca con la "lógica divina". Por supuesto, la Naturaleza es verdadera en la "lógica divina" porque es su expresión inmediata. En principio, la ciencia no puede contradecir la fe, puesto que la historia de la ciencia es un cuestionamiento del conocimiento establecido, mientras que la fe se ocupa del conocimiento absoluto. A esto tenemos que añadirle la siguiente cláusula: nunca comprendemos perfectamente la palabra divina.

Tal y como escribió Nicolás de Cusa: "toda posible afirmación humana sobre la verdad es mera conjetura". Por su parte, Karl Popper hablaba de un "principio de falibilidad". Tenemos todo el derecho a pensar y a pensar que sabemos, pero debemos tener en mente que nuestro conocimiento es escaso, limitado y frágil. Es así porque, en primer lugar, muchas piezas de información están ausentes de nuestra "enciclopedia" personal, y por tanto, omitimos hechos; en segundo lugar, porque nuestros razonamientos están formulados de forma complicada, falsa o errónea, por lo que aun si tuviésemos toda la información, nuestros procesos mentales nos podrían llevar a conclusiones erróneas. Esto es lo que le pasa aquí a Nasrudín, como es habitual, porque solo podía ver un aspecto del problema: el relativo a la correspondencia de tamaños, sin pensar que los procesos biológicos son, de lejos, más complejos. Pero, al mismo tiempo, la lección que recibe es incluso más ridícula: le da las gracias a Dios y solo descubre sus propias limitaciones porque una calabaza no le ha dejado inconsciente. En otras palabras, descubre que Dios es magnífico gracias a las observaciones y la lógica más incongruentes, limitadas y absurdas. Y ahí reside la paradoja que nos hace reír: la desproporción entre el descubrimiento en sí mismo y la razón por la cual lo ha hecho. Una vez más, no sabemos si

Nasrudín es estúpido o brillante, y la fuerza de la historia reside en esta ambigüedad o paradoja, al producir en nuestra mente una disonancia cognitiva.

En nuestra forma habitual de funcionar, cuando nos dirigimos al erudito o al filósofo, lo hacemos con el fin de obtener de ellos la información adecuada, que nos hablen sobre la realidad de las cosas o sobre como pensar mejor. Les escuchamos para poder nosotros también llegar a ser sabios e instruidos. Por el contrario, Nasrudín nos invita a convertirnos en estúpidos como condición para llegar a ser sabios, nos propone, de algún modo, volver de nuevo a ser niños. ¡Una exigencia bastante confusa para nosotros, la de pedirnos dicha sencillez! Pero la confusión que esta demanda crea en nuestra mente es la condición para pensar de acuerdo con Platón. Una confusión que nos obliga a salir de nuestros habituales caminos mentales y dejar de lado nuestros hábitos para poder así dejar espacio a que se inicien nuevos procesos. Por tanto, incluso si no sabemos qué hacer con esta historia, nos sirve de alimento para el pensamiento, como una meditación infinita, lo que hace que su *vis cosmica* nos afecte de forma aún más profunda.

Pero aún queda una pregunta por responder: ¿cómo funcionan las enseñanzas de Nasrudín, teniendo en cuenta que la mayor parte de las personas que cuentan o escuchan sus historias no se toman el tiempo ni hacen el esfuerzo de pensarlos en profundidad? Parece que, simplemente, la relación intuitiva con ellos, su impacto en la memoria, afecta a nuestra manera de pensar, como alguna clase de "experimento de pensamiento". Un efecto que crece a medida que el proceso se repite: escuchamos estas historias en diferentes momentos; el eco de las palabras forma parte de la cultura que nos rodea. Así que, aunque no se lleve a cabo ningún análisis erudito de las historias, estas logran cumplir con su tarea. Incluso el lenguaje cotidiano puede hacer referencia a esta historia para expresar alguna clase de mensaje, como una analogía o una metáfora. Es por ello que uno podría decir "Es como la nuez de Nasrudín", una expresión que se puede escuchar en Turquía, y que hace referencia a alguna clase de evidencia que no era tan evidente, o a alguna clase de evidencia que carecía de sentido. Finalmente, quedaría por determinar si la filosofía consiste

en usar la narrativa para elaborar conceptos, tal y como estamos haciendo en este caso o si, más bien, funciona cuando la evocamos en la vida cotidiana, como una historia que cuenta una lección para que esta sea aprendida una y otra vez. Las opiniones divergen, pero nosotros pensamos que la filosofía debe conservar esta doble naturaleza: crear conceptos al igual que narraciones que reflejen y guíen la existencia humana.

C- Preguntas

Preguntas de comprensión

¿Cómo llega Nasrudín a la conclusión de que el mundo está mal hecho?

¿Por qué Nasrudín da las gracias a Dios?

¿Que error comete inicialmente Nasrudín?

¿Por qué Nasrudín cambia de idea?

¿Hay algún problema con la conclusión final de Nasrudín?

¿Hay algo correcto en el pensamiento de Nasrudín?

¿Es Nasrudín un hombre sabio o un tonto?

Preguntas de reflexión

¿Está bien hecho el mundo?

¿Podemos entender todo lo que vemos?

¿Tiene todo una razón para existir?

¿Comete errores la naturaleza?

¿Conocemos algún principio que gobierne el mundo?

¿Cuál es el error principal que cometemos al pensar?

¿Es el pensamiento humano fiable o no?

D - Ejercicio: Responsabilidad, razón y juicio

Profesor

Nasrudín hace un juicio sobre el mundo después de observarlo: primero piensa que está mal hecho, después cambia de idea. Al igual que él, nosotros hacemos juicios todos los días. Algunos son bastantes objetivos, son más lógicos y razonables, mientras que otros son más bien subjetivos, están más basados en nuestras impresiones y sentimientos. Pero es difícil determinar la naturaleza de los juicios, de los nuestros y de los de otras personas, especialmente si no distinguimos lo objetivo de lo subjetivo.

En el siguiente ejercicio, proponemos diferentes juicios e invitamos al estudiante a tratar de determinar si son objetivos o subjetivos, si están fundados en la observación y el razonamiento, o en preferencias, emociones o creencias personales. Con el fin de evaluar los enunciados y argumentar, el estudiante tendrá que crear un contexto, describir unas circunstancias concretas o dar ejemplos.

Estudiante

Para cada enunciado de la lista, determinar si es más un juicio basado en sentimientos y opiniones o un juicio basado en nuestras observaciones y razonamientos. Si es necesario, dar un ejemplo.

Emilia es perezosa

Emilia va siempre mal vestida

Emilia es una buena estudiante

Emilia es una fanfarrona

Emilia trabaja bien

El autobús número 31 pasa a su hora

Es culpa de León si saca malas notas

Me caí porque él me empujó

León es más alto que Julián

León es más listo que Julián

León es mejor amigo que Julián

León es más rico que Julián

León es más respetuoso que Julián

León se merece ser castigado

Los niños hacen mucho ruido

El profesor es severo